

Handwritten text, possibly a title or name, mostly illegible due to fading.

5755

Indias

LAS INDIAS EN LA CORTE,

comedia original en tres actos

Y ESCRITA ESPRESAMENTE PARA EL BENEFICIO DE LA COMPAÑIA
DEL CIRCO EN LA NOCHE DE NAVIDAD

POR

D. TOMAS RODRIGUEZ RUBI.



N.º 296.

MADRID:

IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.
1856.





Digitized by the Internet Archive
in 2014

Esta obra es propiedad de DON PABLO AVECILLA, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legítimos.

PERSONAS.

ACTORES.

| | |
|----------------------|------------------------|
| AURORA | DOÑA TEODORA LAMADRID. |
| LUCIA. | DOÑA CARMEN CARRASCO. |
| DON JUAN | DON JULIAN ROMEA. |
| DON SIMON. | DON JOAQUIN ARJONA. |
| EL MARQUES. | DON FLORENCIO ROMEA. |
| DON LUIS. | DON VICTORINO TAMAYO. |
| BERNARDO. | DON J. ALISEDO. |
| UN ALCALDE. | DON N. LAVALLE. |
| DELFIN. | |
| DAMAS.—CABALLEROS. | |
| ALGUACILES.—CRIADOS. | |

La accion pasa en Madrid, y en Enero de 1724.

ACTO PRIMERO.

Sala adornada decentemente segun la época : dos puertas á la izquierda del actor ; una ventana á la derecha y otra puerta grande en el fondo. Sobre la puerta de la derecha un ventanillo practicable. Es cerca dél oscurecer.

ESCENA PRIMERA.

AURORA.—LUCIA.

LUCIA. (*Acechando por la ventana.*)

¡El mismo, señora!

AURORA. Mira

no lo equivoques...

LUCIA. No creo...

es el mismo que ha tres años nos salvó cuando el incendio de vuestra casa, y el mismo que abrasado en vuestro fuego despues os rondó la calle, y nos escoltó en paseo.

AURORA. Imposible! Si aquel pobre, aunque arrojado mancebo, se fué á las Indias.

LUCIA. ¡Y qué!

habrá de las Indias vuelto: en tres años ha podido recorrer el mundo entero. Venid y desengañaos.

AURORA. No, Lucía, no me atrevo... Si es él, y me vé, creerá que admito sus galanteos...

LUCIA. Ya no mira á los balcones;
aprovechad...
(*Aurora se acerca por detrás de Luisa y mira á la calle.*)

¿Lo estais viendo?

¿No es el mismo?

AURORA. El mismo es...

¡Ah!

LUCIA. ¿Os descubrió?

AURORA. Si, por cierto.

LUCIA. Ved qué rendido os saluda...

AURORA. (*Contesta al saludo y se retira de la ventana.*)

¿Si te lo estaba diciendo!

Me ha visto; me ha saludado,

y yo, sin pensar en ello,

le he saludado tambien...

LUCIA. Pero ¿qué hay de malo en eso?

AURORA. Que crecerá...

LUCIA. Dejad que crea.

¿Qué importa? ya vendrá el tiempo

á desengañarle. El pobre,

á juzgar por sus arreos,

no ha mejorado de suerte

en su viaje al mundo nuevo:

hombre pobre no es galan,

ya conoceis el proverbio:

vuestro padre estima al prójimo

por lo que pesa en dinero,

y os verá primero muerta

que admitir en casa á un yerno

que no cuente en oro ó plata

los patacones por cuentos.

Ademas, fuera difícil

deshacer lo que está hecho:

vuestra boda es ya segura

con ese indiano Asmodeo

á quien mi señor hospeda

con tanta holgura acá dentro...

En tal estado, ved si

con un padre como el vuestro,

y haciendo futuro en casa,

aunque *futuro imperfecto*,

deberá importaros mucho

un saludo mas ó menos
con quien no podrá vencer
tan contrarios elementos.

AURORA. Pues bien, por eso ¿á qué fin
darle esperanzas, si luego...

LUCIA. Luego tendrá que perderlas:
sabr  vuestro casamiento:
en balcones ni en ventanas
verá vuestro hermoso cielo,
y cansado y aburrido
con la soledad... y el fresco
de la calle, buscar 
para el alma y para el cuerpo
un amor mas abrigado
que el de la calle *del Viento*.

AURORA. Podrá ser; pero me inspira,
no s  si te diga, miedo,
la fr  tenacidad
de ese hombre, el constante empeño
con que pretende que admita
sus amorosos obsequios.
Y conocer debe el trance
en que obligada me veo:
que no tengo voluntad,
que ya no me pertenezco:
que la desigual fortuna
nos lleva   puntos extremos...
y no obstante persevera
y no abandona su puesto.
¿Qué es lo que piensa de mí?
¿qué espera?

LUCIA. Quedarse yerto
en ese portal de enfrente:
presentaros un ejemplo
de que el amor no resiste
  las injurias del hielo.

AURORA. ¿Que tal digas! Me parece
que no es un galan tan necio
que se resigne   morir
sin esperanza de premio.
De que es un hombre alentado
mas de una prueba tenemos:
hay en su mirada mucho

de noble y tambien de fiero;
y aunque es modesto su trage
y su ademan es modesto,
revela á pesar de todo
los aires de un caballero.
No sé, Lucia, no sé
qué vago presentimiento
me dice que algun cuidado
ha de costarme ese eterno
galanteador...

LUCIA. ¡Qué temores!
(*Volviendo á la ventana.*)
Por mi parte no comprendo
el cómo... ¿Veis? ¡Ya no está!
¿No digo? Si corre un cierzo
en cuanto anochece, que
aunque con luz lo busquemos,
no se encuentra por la calle
un galan para un remedio.

AURORA. ¡Vaya con Dios!

LUCIA. Y le arroje,
que es algo crudo el invierno.
(*Sale Bernardo por el fondo con luces en un
candelabro que coloca sobre la mesa.*)

ESCENA II.

Dichas.—BERNARDO.

BERNAR. Por siempre alabado sea...

LAS DOS. Por siempre...

BERNAR. ¿El amo?

LUCIA. No está.

BERNAR. Pero ¿poco tardará...

LUCIA. No sé.

BERNAR. Un mozo aquí desea
verle...

AURORA. ¿Mozo?

BERNAR. Y de briosa
apostura.

AURORA. ¿Le conoces?

BERNAR. Yo no.

- AURORA. ¿Qué trazas?...
- BERNAR. ¡Atroces!...
- quiero decir... poca cosa.
- AURORA. (*Bajo.*)
- ¡Ay Lucia!.... ¡si será...
- LUCIA. Señora ¡imposible! ¡qué!
- (*A Bernardo.*)
- ¿Cómo se llama?
- BERNAR. No sé...
- (*En actitud de retirarse.*)
- pero él mismo lo dirá.
- AURORA. ¡No!... detente...
- BERNAR. Como á vos
- señora, mejor os cuadre.
- AURORA. Dile que no está mi padre,
- y que se vaya con Dios.
- BERNAR. Es que me ha dado á entender
- que si mi señor no está,
- con vos en tanto hablará...
- AURORA. ¿Conmigo?... ¡no puede ser!
- ¡Osadía mas sin tasa!...
- (*A Lucia.*)
- ¡Él es! (*A Bernardo.*) Le habrás advertido
- que jamás he recibido
- no estando mi padre en casa?
- BERNAR. No advertí, señora mía;
- hablando con él y hablando,
- se fué colando... colando...
- creí que os conocería...
- (*Aparece don Juan en el fondo y se adelanta*
- sin que lo noten hasta que lo indique el diá-*
- logo.*)

ESCENA III.

Dichos.—DON JUAN.

- AURORA. ¡Esto mas! Lucia... ¿ves?
- (*A Bernardo.*) ¿Y le has dejado pasar?...
- BERNAR. ¿Cómo pude imaginar...
- AURORA. Y ¿adónde está?
- JUAN. (*Arrodillándose y descubriéndose.*)

A vuestros piés...

AURORA. ¡Ah!!

JUAN. Pues que me veis rendido,
el temor ahuyentareis,
Aurora, y comprendereis
que á vos de paz he venido.
(A Bernardo con autoridad é incorporándose.)
A tu señor le dirás
cuando vuelva, que le espero.

BERNAR. ¿De parte de...

JUAN. Un caballero.

BERNAR. Y... ¿nada mas?

JUAN. (Indicándole la salida.)

Nada mas.

BERNAR. (Pues que mi señora pasa
por ello... obedeceré.)
(Se retira por el fondo.)

LUCIA. (¡Y manda lo mismo que
si se encontrara en su casa!..)

JUAN. Si con esta mi osadía
ofenderos he podido,
mil veces perdon os pido;
mas yo, señora, tenia
necesidad muy urgente
de hablaros: debeis saber
que no me es dado escojer
la ocasion mas conveniente
para llegar hasta vos,
y entré.. ¡perdon, bella Aurora,
os pido otra vez!... Ahora
venga lo que plazca á Dios.

AURORA. Tal confusion hay en mí,
que no acierto á comprender...
¿Qué os ha podido mover
para llegar hasta aquí?

LUCIA. ¡Eso!... debeis esplicaros...

JUAN. (Despues de echar una mirada á Lucia.)
Y vos lo podeis dudar?
dicen que os van á casar.

AURORA. ¿Y bien?

LUCIA. ¿Y qué?

JUAN. Vamos claros.
Yo estoy por demas seguro,

abrigo el convencimiento
de que es vuestro sentimiento
noble, delicado, puro.
Por tanto, no os será dado
en la amorosa pelea,
amar nada que no sea
noble, puro y delicado.
He logrado contemplar
al que es vuestro prometido,
y al momento he comprendido
que os van á sacrificar.

LUCIA.

(Y no le falta razon.)

JUAN.

La avaricia, la miseria,
á un Marqués indiano os feria...
¡no es libre vuestra eleccion!
¡Cómo puede ser honrado
con vuestro amor ¡ay de mí!
un hombre tan valadí,
tan necio...

LUCIA.

(Y tan corcobado.)

AURORA.

Perdonadme, si con vos
á proseguir no me atrevo...
De lo que hablais, solo debo
dar estrecha cuenta á Dios.
Y os ruego que os alejeis:
ya que el destino lo quiso,
evitadme un compromiso...

LUCIA.

¡Cierto! nos comprometéis;
porque si de pronto... ahora,
acá mi señor viniera...

JUAN.

¡Quereis callar, bachillera!

LUCIA.

¡Ay!

JUAN.

Escuchad, doña Aurora,
y oidme en nombre de Dios.
Os amo... pero ya sé
que nunca os mereceré;
soy pobre, y rica sois vos.
Por mereceros, corrí,
con mis esperanzas loco,
medio mundo, y aun fué poco...
á las Américas fui,
donde fortuna y placeres
el destino me ha negado:

solo en ellas he encontrado
esclavos y mercaderes.
Para mí nada hallé digno,
y á Europa la vuelta di
tan pobre como sali
de Europa: bien; me resigno.
A vos no puedo aspirar;
mas con mi pobre jaez
os he salvado una vez
y os quiero otra vez salvar.
¡Sí!... porque despues de Dios,
cuyas bondades imploro,
á nadie en el mundo adoro
si no es á vos, ¡solo á vos!
Y al ver que en peligro está
vuestra independiente fé,
he dicho:—¡La salvaré!—
y esa boda no se hará.—

LUCIA. (¡Vaya!... si él nos dá su escudo...)

AURORA. Con el alma os agradezco
la proteccion que os merezco;
mas perdonadme si dudo,
no obstante vuestra osadía,
que á buen término lleveis
lo mucho que prometeis.

JUAN. Eso será cuenta mia.
Quedo desde aquí obligado,
puesto que no os acomoda,
á deshacer vuestra boda.

LUCIA. (Lo que es él, es desahogado;
aunque es para mí un erizo.)

AURORA. No sé cómo, á la verdad:
cumplid vuestra voluntad;
para nada os autorizo.
Mas si con vos algo puedo,
os pido que nos dejéis:
vendrá mi padre... y ya veis...

JUAN. Pues bien; por eso me quedo.

AURORA. ¡Ah!... ¡qué intentais?...

LUCIA. (¡Guarda Pablo!)

JUAN. Nada temais, le hablaré,
y no os comprometeré.

LUCIA. (Si no está loco, es el diablo.)

JUAN. Ya buscaré buena traza...

AURORA. Pero...

JUAN. Y el cielo es testigo...

LUCIA. ¡Pero ved...

JUAN. ¡Calle, le digo!

LUCIA. (¡No me deja meter baza!)

AURORA. No sé lo que proyectais
en mi apoyo, ni lo infero;
pero yo sé, caballero,
que en vano, en vano os cansais.
Sin duda ignorais quién es
mi padre, cuan obcecado
es en todo...

LUCIA. (Y agarrado.)

JUAN. Ya lo veremos despues.

Ingénios hay que seducen...

AURORA. Os espondeis á un fracaso...

LUCIA. Y mi señor no hace caso
de ingénios que no relucen.

AURORA. Sí, completamente vana
hoy será vuestra porfia:
¿quién sabe?... acaso otro día...

JUAN. Mejor es hoy que mañana.

AURORA. Mas ¿con qué derecho espera
alcanzar vuestra eficacia...

JUAN. Con ninguno, esa es la gracia;
¡pues si derecho tuviera!...
Pero alejad el temor:
yo sé que el valor me abona
y que Dios nunca abandona
al que implora su favor.

AURORA. ¡Ah!... me parece que oí
la voz de mi padre...
(*Brevísima pausa, en la que todos escuchan,
oyéndose á lo lejos la voz de don Simon.*)

LUCIA. ¡Él es!
¡Virgen del santo Ciprés!...

JUAN. Dejadme con él aquí.

AURORA. ¿Me prometeis?

JUAN. Confíad
en la divina justicia.

(*Aurora se retira por la derecha.*)
(*Accechando por la puerta del fondo.*)

LUCIA.

Aquí viene la *Avaricia*,
y en pos la *Jibosidad*.
¡Señor! ¡Señor! ¿de esta hecha,
qué es lo que va ser de nos?

JUAN.
LUCIA.

Apartémonos.
¡Que Dios
os dé buena mano derecha!
*(Se retiran á un lado desde el cual no sean vis-
tos al salir don Simon y el Marqués. Salen es-
tos por la puerta del fondo: don Simon reve-
lando en el trage y con el gesto lo avariento
de su carácter; el Marqués corcobado, lujosa-
mente vestido; pero con exajeracion y mal gusto
hasta la ridiculez. Le sigue un negro cargado
con una silla de tijera, un paraguas, bolsa de
peines y polvos, un espejo, etc.)*

ESCENA IV.

Dichos.—DON SIMON.—EL MARQUÉS.—DELFIN.

MARQ. ¡Qué Madrid! ¡qué auras tan puras!
pienso que atrapé un catarro...

SIMON. *(Dirigiéndose apresuradamente al candelabro y
apagando las bujías menos una.)*
¡Cuánta luz!... ¡qué despilfarro!...

MARQ. ¡Suegro!... ¿nos dejais á oscuras?

SIMON. ¡Con una hay de sobra!

MARQ. ¡Voto!...
Me angustia...

SIMON. No os angustieis.

MARQ. Y enfado, si no encendeis...

SIMON. *(Volviendo de mala gana á encender las bujías.)*
Yerno! sois un manirroto.

MARQ. Delfin, quitame la capa,
y el sombrero y el baston...
(Obedece el negro.)

SIMON. ¡Que habeis de ser tan poltron!

MARQ. Soy Marqués y rico. Daca
la silla.
(Se sienta.)

Espejo...

(Lo saca Delfin y con él se coloca en cuclillas delante de su amo.)

¡Ah Delfin!

no estás bien...

(Dándole un puntapié, con el que le derriba.)

¡Ponte derecho!

¡Peines!... ¡polvos!...

(Tomando el espejo y contemplándose.)

Ya estoy hecho

casi, casi un serafin.

SIMON. *(Guardándose una vela despues de mirar á hurtadillas al Marqués.)*

(Lo que es esta no la dejo...)

MARQ. ¡Bien, suegro!

SIMON. ¡Qué!... ¿qué ha pasado?

MARQ. Nada!... ¿qué os habeis guardado...

¿Os ha vendido el espejo!

(Sacándose la del bolsillo y encendiéndola.)

Afuera!

SIMON. *(¡Por Belcebú!...)*

MARQ. *(A Delfin.)*

Bien: ya te daré despues

tres ó cuatro puntapiés.

Vete.

(Delfin se dirige á la segunda puerta de la izquierda, cargado con los trebejos que sacó, y al pasar por cerca de don Juan, este le dice.)

JUAN. *(Como estornudando.)*

Guachi!

DELFIN. *(Amostazado y entrando en la habitacion.)*

¡Guachi, tú!

MARQ. ¿Quién por aquí nos *guachea*?

SIMON. *(Con la mano en forma de puente sobre los ojos.)*

Allí veo un bulto... pero

¿qué hombre es ese...?

LUISA. *(Adelantándose con don Juan.)*

Un caballero

que hablaros, señor, desea.

(Ahí le dejo y Dios le ayude.)

(Se retira por la puerta de la derecha.)

SIMON. ¿Hablarne?... *(pues me encocora...)*

- JUAN. Perdonadme que á una hora
tan desusada os salude.
- SIMON. Hablad.
- JUAN. Al punto lo haré,
y brevemente.
(*Bajo al Marqués.*)
Señor?
me hariais un gran favor
si os fuérais de aquí.
- MARQ. Yo?... qué?...
(¡qué gesto!!) Delfin! Delfin!
- JUAN. ¡Idos pronto, ó por quien soy...
- SIMON. ¿Qué es ello?
- MARQ. (*Dominado por la vista de don Juan.*)
Nada, que voy
á quitarme el espadin.
Tengo una mano cruel,
y si lo llego á sacar...
- JUAN. (*Acompañándole hasta la puerta segunda de la
izquierda.*)
Oh!... no!... que os podéis pinchar
las *escrecencias* con él.

ESCENA V.

DON JUAN.—DON SIMON.

- SIMON. ¿Sois del Marqués conocido?
- JUAN. Psé!... es corto el conocimiento...
Pero tomemos asiento.
(*Se sienta é invita á don Simon para que haga
lo mismo: este permanece de pié y dice con la
mayor admiracion:*)
- SIMON. (Pues me ha gustado el cumplido!)
- JUAN. Tomad...
- SIMON. Estoy bien de pié:
en mi casa, caballero,
me siento ó no...
- JUAN. ¿Pero...
- SIMON. Pero
- JUAN. ¿acabais?
(*Sentado.*) Empezaré.

- Vos, amigo don Simon...
- SIMON. (¿Amigo y con tal pelage?)
- JUAN. Al verme con este trage tan traído y tan ramplon estareis diciendo ¿qué... Pero, señor, un momento dignáos tomar asiento.
- SIMON. (Con irascibilidad.)
¿Qué empeño! me sentaré!
Mas tambien os rogaria que derechos al asunto fuéramos...
- JUAN. Al punto, al punto.
Pues, señor, como decia, vos al verme por acá á hora tal y asi trazado, os habreis dicho admirado... «¿qué hombre es este, y qué querrá? ¿No es cierto? ¿me equivoqué? la verdad.
- SIMON. (¡Vaya un capricho!...)
Pues ciertamente; lo he dicho... y aun lo estoy diciendo ¿y qué!
- JUAN. ¡Ah don Simon, don Simon de la Torre, Gil y Orozco! ¿qué exactamente conozco vuestro sin par corazon!
- SIMON. Pues señor, por vida mia, ¡tiene mucho que entender... en nuestro caso, á mi ver... cualquiera tambien diria... Pero bien, me conoecis: disputároslo no quiero... ¿y vos quién sois, caballero?
- JUAN. Al momento lo sabreis.
Yo soy don Juan de Fonseca, noble, ilustre sin segundo, que voy recorriendo el mundo sin casa, hogar ni hipoteca.
¿Os admirais, don Simon? haced una breve pausa: de mis azares son causa las guerras de sucesion.

Mis mayores con mal estro
por don Cárlos pelearon:
venció Felipe, y probaron
los horrores del secuestro.
Por el Archiduque osados
dieron el último escudo,
y me dejaron desnudo...
¡me alegro! menos cuidados.
Ya podeis comprender si
será libre y despejada
mi vida... ¡No tengo nada!

SIMON. Bueno y santo... pero ¡á mí...

JUAN. Vuestra impaciencia colijo:
mas ya vereis de qué modo...
Salid que yo, pobre y todo,
me atrevo á ser vuestro hijo.

SIMON. ¿Cómo? Y ¿quién hay que colija...?
¿Hijo mio?!

JUAN. Y con placer...

SIMON. Mas eso ¿cómo ha de ser?

JUAN. Uniéndome á vuestra hija.

SIMON. (*Saltando del asiento.*)
¡Caballero! ¡Vive Dios!
¿Con eso os venís?

JUAN. ¡Confieso...

SIMON. ¿Mi hija á un pobre...

JUAN. Para eso
teneis buenas onzas vos.

SIMON. (*Consternado.*)
¿Cómo onzas!... ni una siquiera,
ni media... os puedo jurar...
(¡ay!... si habrá entrado á robar...)
Contemplad mi faltriguera...
(*Enseñando un taleguillo vacío.*)
Vacía!...

JUAN. Y qué!

SIMON. Os asevero
que no hay en casa un doblon...

JUAN. Tranquilizaos, don Simon
y guardad vuestro dinero.
No tengo el funesto lote
de interesado, ni taeha...
recibiré la muchacha.

sin arrequives de dote.

SIMON. (Vamos, este vagamundo
no es ladron; pero está loco.)

JUAN. ¿Os habeis quedado un poco...
un poco meditabundo?

SIMON. Estoy meditando, si,
al ver vuestro desenfado,
en llamar, y que un criado
os haga salir de aquí.

JUAN. Hareis mal, os lo aconsejo,
en procurar que intervengan
gentes... porque antes que vengan
os mato como á un conejo.

SIMON. (Aterrado.)
(Ay!... me secó el paladar...
¿con qué calma el maldecido!...
pero ¿quién ha introducido
este hombre...) Debeis de estar
un poco así, retentado...

JUAN. Loco?

SIMON. Pues!

JUAN. Oh!... no señor;
no estoy loco, estoy peor...

SIMON. Pues ¿qué estais?!...

JUAN. Desesperado.

Y ya podreis comprender
que en esta nuestra contienda
perderá el que tenga tienda:
nada tengo que perder.
La vida puedo arriesgar,
mas no es mía y chico susto;
se la daré sin disgusto
al que la quiera tomar.
Con que ya veis que no hay modo
ni callejuela ninguna...
de audaces es la fortuna
y yo soy capaz de todo.

SIMON. Mas dejad que me anticipe
á cualquier desaguisado...
Yo nada os he secuestrado,
ni soy Carlos ni Felipe...
Y no es bien que se me elija
por blanco... ¿Soy yo el autor...

- JUAN. Si tal.
SIMON. Cómo!
JUAN. Si señor,
el autor de vuestra hija.
Por eso...
- SIMON. (¡Hombre del infierno...!)
- JUAN. No os reclamo mi caudal;
sino el honor especial
de que me tengáis por yerno.
- SIMON. ¡Buen honor...! basta que vos
lo digáis... Pero acabemos
si os parece...
- JUAN. Bien.
SIMON. Y hablemos
en paz y en gracia de Dios.
Caballero, sabed que
la mano de mi hija está
ha tiempo empeñada...
- JUAN. Bah!
Yo la desempeñaré.
- SIMON. Es del Marqués del Palmito,
y permitid que os confiese...
- JUAN. (Levantándose.)
¿Quién es ese Marqués?
(Sale el Marqués sin espadín.)

ESCENA VI.

Dichos.--El. MARQUÉS.

- SIMON. Ese!
- JUAN. ¡Quién! ¿este jorobadito?
- MARQ. Hum! está aquí todavía...
- JUAN. Con que este es el que... ¡já! ¡já!
- MARQ. Esa risita me está...
- JUAN. ¡Don Simon! ¿quién lo diría?
¿No advertís á vuestra fecha
que os esponeis ¡vive el cielo!
(Señalando al Marqués.)
con tal facha, á ser abuelo
de una raza contrahecha?

- MARQ. Oh! ¡qué insulto!
- SIMON. Demos fin...
- JUAN. *(Al Marqués.)*
Qué es eso ¿os incomodais?
- MARQ. ¡Mucho!
- JUAN. Pues... como querais.
- MARQ. ¡Si tuviera mi espada...
con esta mano cruel...
- JUAN. Marqués, os lo arrancaria
y la jiba os pincharia.
- MARQ. ¡Otro insulto!... ¡voy por él!
(Se retira por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA VII.

DON JUAN.—DON SIMON.

- SIMON. Pero ¡habrá tal confusion...
¡que esto suceda en Madrid!...
- JUAN. Os voy á dejar.—Oid
mi final resolucion.
Sois un avaro.
- SIMON. Pues ya!
- JUAN. Esa boda os tiene cuenta;
mas tal boda es una venta
y esa venta no se hará.
Si permitis... ¡vive Dios!
Don Simon, antes de un mes
juro matar al Marqués,
y á vuestra hija, y á vos.
Es una cosa resuelta,
y en obrar no soy reacio;
con que pensadlo despacio,
don Simon, y hasta la vuelta.
(Se retira por el fondo, quedándose don Simon como petrificado hasta que don Juan desaparece.)

ESCENA VIII.

D. SIMON.—*Despues EL MARQUÉS.*

- SIMON. (*Dirigiéndose con precaucion al fondo.*)
¡Será verdad... ¡cómo sudo!
que se ha marchado esa hiena?
(*Sale el Marqués de estampia con el espadin en la mano desnudo y enviste con don Simon que estará de espaldas.*)
- MARQ. ¡Ahora me las pagareis!
- SIMON. (*Dando un brinco y huyendo del Marqués.*)
¡Ay!
- MARQ. (*Persiguiéndole.*)
No paro hasta que beba
de vuestra sangre...
- SIMON. ¡Favor!
- ¡Que soy yo!
- MARQ. No se me venga
con favores.
- SIMON. ¡Ah de casa.!...
(*Salen por la derecha Aurora y Lucia por el fondo, Bernardo y Delfin por la izquierda. Este sujeta por detrás á don Simon.*)

ESCENA IX.

Dichos.—AURORA.—LUCIA.—BERNARDO.—DELFIN.

- AURORA. ¡Ah!
- LUCIA. ¡Qué es esto?
- SIMON. (*A Delfin.*)
¡Animal! ¡suelta!
- AURORA. ¡Dios mio!
- LUCIA. (*Sujetando al Marqués por los faldones de la casaca.*)
¡Señor Marqués!
¡Teneos!
- MARQ. ¡No me detengan!
(*Quedan colocados frente el uno del otro y se contemplan breves instantes.*)

- Pero... ¡Suegro!
- SIMON. Pero ¡yerno!
¿dónde teneis la cabeza?
(*Quedan sueltos.*)
- MARQ. Por Cristo que ciego estaba.
- SIMON. ¡Mal haya vuestra ceguera!
- MARQ. Si dura un instante mas
os paso como á una breva.
¿A dónde está mi enemigo...
- SIMON. (*Dejándose caer en un sillón.*)
¡En el infierno!
- LUCIA. ¡Qué gresca!
- AURORA. Pero señor... ¿qué ha pasado?
- SIMON. Que hay dias que se descuelgan
todas las desdichas juntas.
¡Si supieras! ¡Si supieras!...
(*Siguen aparte.*)
- MARQ. Toma Delfín mi espadín:
tengo una mano derecha
fatal... Siempre que lo saco
es para alguna tragedia.
(*A don Simon.*)
¿Os toqué?...
- SIMON. ¡Estuvo en un tris!
- MARQ. (*Al negro.*)
Vé y cuélgalo de la percha.
(*Se retira el negro, llevándose el espadín por la izquierda.*)
- SIMON. ¿Quién es ese Fierabrás?
¿Cómo quereis que yo sepa?...
mas ¿quién entrar le ha dejado?
(*A Lucia.*)
¿A que has sido tú, gran necia?
- LUCIA. No señor, que fué Bernardo.
- SIMON. ¡Hola!
- BERNAR. (Si es muda revienta.)
Como por vos preguntó...
- SIMON. Y tú al primero que llega
preguntando, hasta la alcoba...
¡Te voy á dar una felpa...
(*Ruido creciente de cuchilladas, y rumor de voces en la calle.*)
Mas ¿qué es esto?

ESCENA X.

Dichos.—DON LUIS.

LUIS. (*Saliendo impetuosamente.*)
¿No hay en esta casa nadie?

TODOS. ¡Ay!...

LUIS. Perdonad la sorpresa.

Nada temáis, que no trato
de hacer á ninguno ofensa.
Me han asaltado en la calle
cuatro hombres con tal fiereza,
que por un milagro solo
os lo refiere mi lengua.

Cuando me hallaba acosado
próximo á caer en tierra,
un noble desconocido
con bizarra gentileza
dá con ellos, mata dos,
y á los otros dos ahuyenta.
Pero quedó mal herido,
y en justa correspondencia
he dispuesto que lo suban
al ver vuestra casa abierta.

SIMON. ¡Esto mas!... Pues mal dispuesto
porque no es la casa esta
hospital ni barbería,
ni á mí se me pasan rentas
para asistencia de heridos...

AURORA. ¡Padre mio!

SIMON. No me vengas
con súplicas...

LUIS. ¡Caballero!
qué, ¿cerrareis vuestras puertas...
os negareis á auxiliar
á un moribundo...

SIMON. ¡Qué pelma!
Yo no soy agonizante.

LUIS. Aquí está...

SIMON. Pues que se vuelva.

(*Sacan á don Juan desmayado en un sillón de
brazos.*)

ESCENA XI.

Dichos.—DON JUAN.—MOZOS.

- AURORA. ¡Oh Dios!
- LUCIA. ¡Qué miro!
- MARQ. ¡Qué veo!
- SIMON-
LUIS. ¡Qué horror! ¡Don Juan de Fonseca!
¡Le conocéis y os negais?...
¡Oh!... ¡qué entrañas son las vuestras?
- SIMON. Y ahora niego mas que nunca;
¡que le prendan! ¡que le prendan!
- LUIS. ¡Ea!... basta que el herido
ha menester de asistencia
y si no asistís por bien,
asistireis á la fuerza.
(A las damas.)
Vosotras que abrigareis
mas caridad que esa fiera,
haced que se le conduzca
á donde curarle puedan.
- LUCIA. Por aquí...
*(Lucia seguida de Aurora, hacen que conduzcan
á don Juan al cuarto segundo de la izquierda.)*
- SIMON. ¡No! ¡no!...

ESCENA XII.

DON SIMON.—MARQUÉS.—LUIS.

- MARQ. ¡A mi cuarto!
- LUIS. ¡Ved que es mi cuarto!
- LUIS. Aunque fuera
el de un monarca entraria,
¡vive Dios! ¡Tal resistencia!
(A don Simon.)
Caballero, os lo prevengo,
y oidlo, que os interesa:
de ese herido en esta noche
os hago formal entrega:
cuanto desde aquí á mañana

necesite, con largueza
lo habeis de proporcionar
sin que la tierra lo sienta:
si no lo haceis, es posible
que os cueste al fin la cabeza.

ESCENA XIII.

DON SIMON.—EL MARQUÉS.

- SIMON. (*Estupefacto.*)
¿Qué ha dicho? ¿qué es muy posible...
- MARQ. Que perdais, suegro, la testa.
- SIMON. Pero ¿hay tal conjuracion,
ni una casa mas revuelta
en el mundo que la mia?
todos se meten en ella
y disponen y alborotan,
y me arruinan, y saquean.
¿Y quién es ese mocito
para dictar providencias
asi, bajo su palabra
y contra la bolsa agena?
¿Qué os parece, yerno mio?
¿cómo con tanta paciencia
habeis podido escuchar...
- MARQ. Suegro, no hay que darle vueltas...
en no teniendo espadin,
suelo carecer de ideas...
- SIMON. ¿Qué espadin, ni qué... Sin duda
que estamos para proezas.
Nada; aquí lo que conviene
es, con toda diligencia
buscar una ronda, á ver
si nos libra de esa pepla.
Este es el mejor partido...
el único que nos queda.

ESCENA XIV.

Dichos.—BERNARDO.

BERNAR. (*Por el fondo con azoramiento.*)

¡Ay señor...

SIMON. ¿Otra te pego?

BERNAR. ¡Señor!... ¡me tiemblan las piernas!...

¡Está la justicia en casa!

SIMON. ¡La justicia! á tiempo llega:

eso es lo que yo deseo:

que venga al punto, que venga.

(*Bernardo se dirige al fondo y salen un alcalde de casa y corte con alguaciles y linterna encendida. Los alguaciles se quedan en el foro: don Luis detrás de ellos embozado. El Alcalde se adelanta.*)

ESCENA XV.

DON SIMON.—EL MARQUÉS.—EL ALCALDE.—*En el fondo*
DON LUIS.—ALGUACILES.

SIMON. ¡Señor!... noche mas cruel
en mi vida he conocido.

ALCALD. ¿Teneis en casa un herido?

SIMON. Allí está, cargad con él.

ALCALD. ¿En esa estancia?

SIMON. Cabal.

ALCALD. Pues que lo guardéis espero:
de ese herido, caballero,
os hago entrega formal.

SIMON. ¡A mí? Si Usia permite...

ALCALD. No admito escusa...

SIMON. Señor...

ved...

ALCALD. De órden superior
dadle cuanto necesite.

SIMON. Pero... mi suma pobreza...
á mas... aquí se le odia...

ALCALD. (*Con severidad.*)
De su asistencia y custodia
responde vuestra cabeza.
(*Se retiran el Alcalde y los alguaciles. Don Luis se adelanta embozado, sin que le adviertan hasta que habla.*)

ESCENA XVI.

DON SIMON.—EL MARQUÉS.—DON LUIS.

SIMON. ¿Tambien este como el otro?...
 (*Señalándose á la cabeza.*)
 Con mi... ¿Lo escuchásteis, hijo?
 ¿ó yo me...
MARQ. No, cabeza dijo.
SIMON. ¿Estoy metido en un potro!
MARQ. Si mi espadin...
SIMON. ¿Qué simpleza!
MARQ. ¿Eh?...
SIMON. Lo que en esta ocasion
 hace falta, es... un cañon!
LUIS. (*Asomando la cabeza por entre los dos.*)
 ¿Lo oísteis? ¡vuestra cabeza!
SIMON. ¿Ay!... ¿otra vez por acá?
 ¿Quién sois vos...
LUIS. ¿Yo?... Don Luis.
SIMON. ¿Eh?
 ¿Don Luis?
MARQ. Don Luis...
SIMON. Mas ¿de qué?...
LUIS. Soy don Luis... de *Ello dirá.*
 (*Se retira por el fondo.*)

ESCENA XVII.

DON SIMON.—EL MARQUÉS.—*Despues* LUCIA.

SIMON. ¿Y que entre gentes despiertas
 esto pase?

- MARQ. ¡Qué apellido!...
- (Sale Lucia.)
- LUCIA. ¡Señor!... ¡señor!... que el herido se va...
- SIMON. ¡Pues cerrad las puertas!
- LUCIA. ¡No!... se va... pero del mundo!...
- SIMON. ¡Ay!... ¡del mundo! ¡esto es peor!
- (Gritando con el mayor desasosiego y aturdimiento llama á los criados. Estos van saliendo por varios puntos, á medida que don Simon los nombra; le rodean y se mueven en todas direcciones, participando del aturdimiento de su amo.)
- ¡Que traigan un confesor!
- ¡Bernardo! ¡Ginés! ¡Facundo!
- Delfin... Acá!... Con presteza.
- (A Bernardo.)
- Ves tú... No, que eres un tonto.
- (A otro.)
- Tú irás, hijo; ¡pero pronto!...
- ¡Me va en ello la cabeza!
- (A otro.)
- Corre tú... ¡Vuela tú, perro!...
- traed... ¡me van á arruinar!
- de todo!... ¡mas sin tardar!
- botica! médico! entierro!
- ¡Aun aquí... Sin dilacion volad!... os regalaré...
- Y ¡traed para mí...
- ¡Qué?
- TODOS. (Dejándose caer en un sillón con acento dolorido y los brazos levantados.)
- SIMON. ¡Traedme la Estrema-Uncion!!!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.—DON JUAN sentado en un sillón y vestido mas desaliñado y pobrementemente que en el acto anterior.—DON LUIS de pié y á su lado.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN.—DON LUIS.

- JUAN. Aquí teneis brevemente lo principal de mi historia.
- LUIS. Por cierto, amigo don Juan, que es en extremo curiosa.
- JUAN. Me llamais amigo vuestro, y os juro que es una honra que ha tiempo no me conceden los que conmigo se topan.
- LUIS. Eso es porque no os conocen, ni sospechan que se esconda tan valiente corazon bajo una casaca rota.
- JUAN. El mundo es todo apariencias, y teneis razon que os sobra; mas ya que de ropa hablamos... me están sucediendo cosas por cierto bien raras, desde la noche de la camorra. ¿Cómo es que vino el alcalde, segun dicen, con su ronda,

y á don Simon obligó
á mi asistencia y custodia?
¿A quién, don Luis, pertenece
una mano, y harto pródiga,
que abastece y satisface
mis necesidades todas?
Diariamente recibo
regalos, vestidos, joyas
de tan subido valor
que me avergüenzan y asombran.
¿A don Simon? imposible:
es bien avaro, y le ahoga
hasta el agua que le bebo,
y tampoco á doña Aurora,
que aunque es rica, no dispone
lo sé bien, ni de una dobla.
¿Es la vuestra, don Luis,
esa mano misteriosa
que tanto me favorece?

LUIS. Y á vos, don Juan, qué os importa?

JUAN. Mucho; recibo favores,
y hay favores que sourojan.
He afrontado mi pobreza
sin bajar los ojos...

LUIS. Hola!

El caballero aunque pobre
es caballero y rezonga.
Me place; y mi estimacion
hácia vos hoy se redobla,
pues no creí que un valiente
de vuestra arrojada estofa
á estas fechas se viniera
con escrúpulos de monja.
Tranquilizaos y aceptad
sin escozor esa corta
ofrenda, que á quien la envia
su buena intencion le abona.

JUAN. ¿Luego sois vos...

LUIS. Figuraos
que soy yo: ¿qué os acongoja?...
¿no os debo yo mucho mas?
¿no es justo que corresponda
á quien por mí dió raudales

- de su sangre generosa?
JUAN. Poderoso debeis ser.
LUIS. Hay para poner la olla.
JUAN. ¿Acaso Grande de España...
LUIS. Cada cual segun sus obras
es grande ó chico, don Juan.
JUAN. Pero el lance de la ronda
es el que á mí me confunde...
pues toda riqueza es poca
para obligar á un Alcalde...
LUIS. Dobleemos, don Juan, la hoja.
¿Tan mal os hallais aquí?
JUAN. Aquí? Estoy como en la gloria.
Don Simon grita, y no sabe
cómo sacudir la mosca:
mis gastos le desesperan,
y mi calma le sofoca.
El Marquesillo se asusta
no mas que de ver mi sombra,
y ahí está con su espadin
convertido en una sota.
La doncella favorece
mis querellas amorosas,
y logro por medio de ella
ver á su linda señora.
Esta no se muestra esquiva,
y aunque siempre ruborosa,
ni mi asistencia le cansa,
ni mi estancia le incomoda.
Juzgad vos si para un hombre
que no tiene hogar ni bolsa
como yo, le pesará
que se alargue esta tramoya.
Solo siento que se acabe.
LUIS. Dejad que ruede la bola.
JUAN. Ruede, aunque puede parar
en los palos de la horca.
LUIS. No paseis pena por ello.
JUAN. ¿Qué es pasar... ¡á buena hora!
nada temo si me ayuda
vuestra mano poderosa.
LUIS. Poderosa ó como sea,
con cuanto vale os apoya:

haremos porque algun dia
llameis vuestra á doña Aurora.

JUAN. ¿Sabeis que si yo creyera...

LUIS. ¿En qué....

JUAN. En esas trapisondas
de brujas, trasgos y duendes,
tendria vuestra persona
por uno de ellos?...

LUIS. Já!... já!...

JUAN. ¡Tal misterio os encapota,
tales cosas realizais
y á la vez ofreceis otras,
que raya en maravilloso,
si en lo imposible no toca,
cuanto cumplen vuestras manos
y de vuestros lábios brota.

LUIS. Y en fin, ¿por quién me teneis?

JUAN. Por un ángel que en mi lóbrega
y aciaga marcha en el mundo
me alumbra con su aureola.

LUIS. Ni duende, ni ángel, don Juan;
ya haré que se me conozca
cuando no necesiteis
de esta mano protectora.

(Se estrechan las manos.)

En tanto soy vuestro amigo,
si mi amistad no os enoja.

JUAN. Enojar!... vuestra es mi sangre
mientras por mis venas corra.

*(Sale apresuradamente Lucía de la habitacion
de la derecha, y se detiene al ver á don Luis.)*

ESCENA II.

Dichos.—Lucía.

LUCIA. Don Juan... Ah!... ¿no estábais solo?

JUAN. Puedes hablar sin reparo
delante de don Luis,
que es lo mismo que mi hermano.

LUIS. Habla, muchacha, sin miedo
que estoy tambien en el ajo.

LUCIA. Pues sabed que mi señor
está furioso; ha llegado
al colmo su indignacion,
y ahora mismo está en el cuarto
de doña Aurora diciendo
que él os pondrá á buen recaudo;
que no puede existir ley
en lo divino ni humano
que le obligue á daros casa,
ni á solventar vuestros gastos,
ni á ser vuestro carcelero
Jesus! ¡lo que está gritando!
Como á salir no se atreve,
por si llegais á fugaros,
ha dispuesto que el futuro,
que ya se está aderezando,
se arroje á los Reales piés,
refiera al Rey todo el caso,
y él pida que os conduzcan
si puede ser, al cadalso.
Esto dice don Simon,
y esto he salido á contaros
para que esteis prevenido.

LUIS. Ya lo estaba yo esperando.

LUCIA. ¡Qué vais á hacer?

LUIS. ¡Qué sé yo!

Lucigüela, el caso es árduo,
y ahora solo me ocurre,
para salir del atranco,
tirar al Marqués al pozo
y á don Simon al tejado.

LUCIA. ¡Ay! ¡Dios nos valga!

LUIS. Eso no;

porque al fin os hará daño.
Mejor es... sí, sí, dejad
que el Marqués vaya á palacio;
tengo muy buenos amigos,
servidores muy exactos,
y con su ayuda os prometo
que os he de volver mas blando
que un guante á vuestro Marqués,
y mas que un cordero manso.

LUCIA. ¡Eso es mejor!

- JUAN. Pero duende,
brujo, serafín, ó diablo...
¿cómo os vais á componer?
- LUIS. A mi eficacia dejadlo.
En tanto quedad tranquilo,
y no cometais en tanto
desaguisado ninguno
que me impida apadrinaros.
- JUAN. Cuanto vos queráis haré.
- LUIS. ¿Os supongo bien curado
de las heridas...
- JUAN. Si, casi
ni las siento; y hoy me hallo
tan alegre, que á vestirme
voy, don Luis, vuestros regalos.
- LUIS. *(Dirigiéndose al fondo acompañado de don Juan.)*
Muy bien, don Juan: ¿que me place!
arrojad esos harapos,
que son indignos de vos.
- JUAN. *(Estrechándole la mano.)*
Ah! Don Luis...
- LUCIA. ¿Que sale el amo!
- LUIS. Guárdeos el cielo, don Juan.
- JUAN. El me alargue vuestro amparo.
(Don Luis se retira por el fondo: don Juan entra en la segunda habitacion de la izquierda.)

ESCENA III.

LUCIA.—DON SIMON.

- LUCIA. *(Mirando á la habitacion de la derecha.)*
A y! ¡qué cara de vinagre! . .
Dios nos pille confesados...
- SIMON. *(Saliendo.)*
Hum!... ¿Qué haces tú aquí?...
- LUCIA. Poniendo en órden los trastos.
- SIMON. *(Murmurando)*
Hum!... ¡buen órden hay en casa
desde la noche del sábado!
Mas de cien pesos me cuesta

la curacion de ese vago...
(*Con acento de desesperacion y alzando la voz.*)
Pero ¿quién me abona á mi
esta suma... y por qué pago?...
(*Volviendo á bajar la voz.*)
Como logre sacudirme...
como le pille debajo...
como á su Real Magestad
logre el Marqués...
(*Gritando.*)

Con mil santos!

¿no está aun vestido el Marqués?

LUCIA.

No sé...

SIMON.

¡Pues averiguarlo!

Dile que no se detenga...

Hum!... que le estoy esperando.

(*Entra Lucía en la primera habitacion de la izquierda.*)

ESCENA IV.

DON SIMON, *paseándose con la mayor agitacion.*

Uf! entre unos y entre otros
pues! arruinado!... arruinado!...
¡Tambien este buen Marqués
venirse acá sin un cuarto!...
Justo!... mil quinientos pesos
dos reales y tres ochavos
en cosa de quince dias
le llevo ya adelantados...
El es rico... están seguros...
pues aunque es de ingenio escaso,
tiene muchos en América
y cuatrocientos esclavos...
Mas por si acaso se muere...
dispuse que mi escribano
en buen papel me estendiera
el competente resguardo.
Haré que firme en saliendo...
Todos somos aquí abajo
mortales, y á lo mejor

nos echa la muerte el gancho.—
Por lo que pueda tronar...
atemos todos los cabos...
(*Vuelve Lucía á aparecer en la primera puerta
de la izquierda.*)

ESCENA V.

DON SIMON.—LUCÍA.—*Despues* EL MARQUÉS.—DELFIN.

- SIMON. ¿Aun no se ha vestido?
LUCIA. Sí
señor, viene en pos de mí.
SIMON. ¡Gracias á Dios poderoso!
LUCIA. Aquí está, vedle, ¡qué hermoso!
(*Sale el Marqués vestido todo lo mas ridicula
y exageradamente suntuoso posible. Le sigue
Delfin con librea de gran gala y cargado con
un paraguas.*)
SIMON. Oh! yerno...
(*A Lucía.*)
Déjanos ya.
LUCIA. (*Retirándose por el fondo.*)
(*Le apedrean!... Já! já! já!*)
MARQ. ¿Qué os parezco, suegro mio?
SIMON. Muy bien, que vais hecho un río
de plata, un áscua de oro.
MARQ. Me he vestido con decoro
para que al ver mi ropaje
no crean que es tan salvaje
la raza de por allá.
SIMON. La corte se quedará
cuando traspaseis la puerta
con tanta bocaza abierta;
pero aunque vais bien de traje
lo que importa es el mensaje...
¡que no os vayais á cortar!
MARQ. ¡Cortarme yo! pienso hablar
por las uñas de los piés.
Vereis, suegro, si el Marqués
os venga bien, ó no os venga.
SIMON. Pero ¿estudiásteis la arenga?

MARQ. En tanto que voy andando
por la calle le iré dando...

SIMON. ¡Eso es lo mas esencial!
A la vez no os vendrá mal
que yo os dé algunas lecciones...
porque en aquellos salones
todo lo amolda y sujeta
la indispensable etiqueta;
¡todo es etiqueta allí!
Llegais... y os poneis así!

*(Le quita el sombrero, se lo coloca debajo del
brazo y toma una actitud cómica. Sigue accio-
nando como si se hallara en palacio y en pre-
sencia del Rey.)*

MARQ. ¿Dónde os llevais mi sombrero?

SIMON. Es que demostraros quiero ..

Llegais, os poneis así;
y á los que anden por allí
contemplais de arriba abajo,
como quien con desparpajo
dice:—soy todo un Marqués,—
os paseais, y despues,
cuando el Rey nuestro señor
os conceda el alto honor
de que en él fijeis los ojos,
así, afectando sonrojos,
con mucho decoro y celo
por el salon tomais vuelo;
hechas estas diligencias
le encajais tres reverencias...
Una así... otra así... ¿veis?
y la tercera la haceis,
el rostro al suelo pegado,
quedando así prosternado.

(Se arrodilla delante del Marqués.)

La mano os alargará:
¡le plantais tres besos!...

MARQ. ¡Ya!

SIMON. Y al punto esclamais...—«¡Señor!
yace hundido en el dolor
el padre mas desgraciado
que la tierra ha sustentado,
desde que en el Paraiso

la voluntad de Dios quiso
colocar al padre Adan...

(Lucia atraviesa desde el fondo á la habitacion de la derecha, y al ver á don Simon arrodillado delante del Marqués y con los brazos en alto, rompe en sonoras carcajadas.)

LUCIA. Já! já! já! já!...

SIMON. *(Incorporándose rápidamente y poniéndose distraído el sombrero del Marqués.)*

¡Voto á San...

¿A qué vienes aquí ahora!

LUCIA. *(Entrando en la habitacion de la derecha.)*

Si me llama la señora...

Já!... já!...

SIMON. Malhaya tu casta...

¿Por dónde íbamos?...

MARQ. *(Como repasando el discurso.)*

Ya basta,

me basta con lo que oí.

En dos saltos voy allí...

SIMON. *(Sacando un papel.)*

¿Si me quisiérais firmar?

MARQ. ¿Firmar?... me voy á manchar
los guantes...

SIMON. *(Buscando una pluma.)*

Si en un momento...

MARQ. Se distrae mi pensamiento...

(Repitiendo su arenga se dirige al fondo seguido con Delfín.)

«¡Señor... Nuestro padre Adan...
lleno de paterno afan...

SIMON. ¡Eh!... ¡esperad!... ¡ved que es preciso...

MARQ. *(Ya en el fondo y desapareciendo.)*

Cuando allá en el Paraíso...

SIMON. *(Echando á correr con la pluma en una mano y el papel en la otra, desaparece detrás del Marqués.)*

¡Eh!... digo...

(Asoma Lucia por la puerta de la derecha como registrando la mesa.)

ESCENA VI.

AURORA.—LUCIA.

- LUCIA. Salir podemos;
ya partió con la embajada.
- AURORA. Pero, Lucia ¿no ves?
¿cuándo concluye esta zambra?
- LUCIA. Si señora, ya la veo;
mas ¿qué hemos de hacer? dejarla.
- AURORA. ¡Qué de sustos!... ¡qué alborotos!
perdida tengo la calma
desde la noche funesta
en que puso aquí la planta
don Juan. Cierto que esto es
mas Babilonia que casa.
- LUCIA. Pues ¿qué quereis que yo os diga?
sin esta ruda algazara,
es posible que estuviérais
con el Marqués desposada.
- AURORA. ¡Y qué! ¿al fin no lo estaré?
es segura mi desgracia,
y la boda inevitable,
por mucho que don Juan haga.
- LUCIA. Un hora de vida es vida...
- AURORA. He perdido la esperanza.
Juzga tú si deberé
solo un momento abrigarla,
cuando mi padre, Lucia;
¡mi padre que tanto ama
el oro... deja al Marqués
sin la menor repugnancia,
que tome, segun le place,
cuanto quiere de sus arcas.
- LUCIA. ¡Ay!... ¡esa es mala señal!
cuando él entrega la plata,
sin duda que está seguro
de cobrar...
*(Aparece don Simon en el fondo tirando la
pluma y guardándose el papel.)*
- AURORA. *(Bajo á Lucia.)*
Aquí está... calla!

ESCENA VII.

Dichas.—DON SIMON.

- SIMON. (¡No firmó!....) (¡Qué haceis aquí?
¡Por qué abandonas tu estancia?
está en casa el enemigo,
¡huye de sus asechanzas!
- AURORA. Salí á respirar el aire
tantos dias retirada...
- SIMON. Pronto haré yo que respires
con libertad y... mas, anda...
- LUCIA. ¡Ay!... ¿de cuándo acá gastais
sombbrero con plumas blancas
y empenachado...
- SIMON. (*Quitándose.*)
¡Qué miro!...
¡El del Marqués!... ¡Santa Bárbara!
Y ¡ha principiado á llover...
y va á parar en nevada!...
- LUCIA. Eh!... con el sol y la lluvia
prosperan las calabazas:
- SIMON. ¡Qué es lo que estás ahí diciendo?
¡Qué sabes tú,... mal hablada!
Bernardo!... á ver si Bernardo
en cuatro brincos le alcanza.
(*Vuelve á salir precipitadamente.*)

ESCENA VIII.

AURORA.—LUCIA.—*Despues* DON JUAN.

- LUCIA. Sí, cuando Bernardo llegue
ya habrán llovido castañas.
- AURORA. Volvamos á nuestro encierro,
pues que mi padre lo manda.
- LUCIA. Quedémonos mientras vuelve.
- AURORA. Tan aburrida y cansada
me tienen ya sus denuestos,
que procuro no ser causa

de mas escándalo y ruido.

(Se dirige á la habitacion de la derecha.)

LUCIA.

Pues lo quereis, vaya en gracia!

(Viendo salir á don Juan por la segunda puerta de la izquierda, bizarramente vestido.)

Pero ¡mirad á don Juan!

¡qué bien le sientan las galas!

AURORA.

¡Huyamos!

JUAN.

Aurora!... Aurora!

¡Vuestra luz hermosa y clara

me negais?

AURORA.

Es que mi padre...

LUCIA.

(Corriendo hácia el fondo.)

¡Yo me pondré de atalaya!

JUAN.

Ahuyentad vuestros temores;

tened en mí confianza,

que hasta ahora la fortuna

en nuestra pro se declara.

AURORA.

Don Juan, lo decis muy pronto...

¿quién sabe lo que mañana

podrá suceder? Os veo

en gran peligro, y me espanta

pensar en ios huracanes

que á todos nos amenazan.

JUAN.

Y el correr estos peligros

¿os pesa, Aurora del alma?

¿Preferiríais acaso

veros por siempre ligada

á un hombre que labraria

vuestra perpétua desgracia?

AURORA.

¡Oh!... ¡jamás!

JUAN.

¡Muy bien, señora!

esa confesion me basta

para seguir en mi empresa

cada vez con mas constancia.

AURORA.

Perdonadme que os lo diga;

veo tan enmarañada,

tan confusa vuestra empresa...

JUAN.

El tiempo todo lo alcanza.

AURORA.

Mas con qué, don Juan, contais?

JUAN.

Cuento con mucho, y con nada.

Cuento, Aurora, con mi esfuerzo,

con la bondad de la causa,

con que os adoro, y no sois
á mis amores ingrata,
y cuento con una mano
tan amiga como franca
que impulso le dá á mi aliento
y fé á mi perseverancia.

¡Hé aquí todo mi caudal...
Si al cabo de la jornada
está de Dios que sucumba,
sucumbiré, sin que salga
de mis labios ni una queja...

AURORA. Y ¿creéis que resignada
podré yo mirar...

LUCIA. (*Asoma por la derecha del fondo y desaparece
por la izquierda del mismo, despues de decir.*)

¡El viejo!

AURORA. (*Huyendo y entrando en la habitacion de la de-
recha.*)

¡Adios!

JUAN. ¡Adios!... Me la arranca
ese viejo... ¡Voy á ver
si le hago morir de rábia!

ESCENA IX.

DON JUAN.—DON SIMON.

SIMON. (Hun!... el hijo de Satan...)

JUAN. ¡Hola!... mi amigo y maestro...

SIMON. ¡Yo no soy amigo vuestro
ni nada!... Mas ¡qué galan!
Vos; el que sin hipoteca
ni hogar, tanto habeis corrido,
¿cómo os hallais tan lucido,
señor don Juan de Fonseca?

JUAN. ¡Qué!... ¿no adivinais...

SIMON. No á fé:

¿adivinar? ¡buen trabajo!

Ayer tan pobre... hoy tan majo...

JUAN. (*Sentándose.*)

Pues sentaos y os lo diré.

- SIMON. (*Id. y con ironía.*)
Pues que me haceis el honor...
(¡ya verás que chiamusquina!...)
¿Hallásteis alguna mina?
- JUAN.
Y fecunda, si señor...
Ya recordais que el alcalde
dijo, por mas que os irrite,
“*Dadle cuanto necesite.*”
Y esto no lo dijo en valde.
- SIMON.
Y bien me habeis saqueado;
para medicinas dí...
- JUAN.
Por tanto, yo... al verme así,
un poco desaviado,
porque á orgullo ni á desden
tomáseis... á vuestra tropa,
dije— ¡Que me traigan ropa!...
y algunas joyas tambien.
- SIMON.
Pero, en el nombre de Dios...
- JUAN.
¿De qué os teneis que admirar...
- SIMON.
¿Quién es el que va á pagar...
- JUAN.
¿Quién ha de ser? ¡claro! vos.
- SIMON.
Yo!?!... pero... yo!?!...
- JUAN.
Y á galope;
el alcalde...
- SIMON.
Pues ¡es grande!...
¿qué ley puede haber que mande
que yo os cure... y que os arrope?
- JUAN.
Eso... que allá lo medite
el que lo encuentre tirano;
él dijo en buen castellano...
“*dadle cuanto necesite,*”
y pues que un tren principal
necesitaba.. ya veis,
lo tengo; vos pagareis...
no hay nada mas natural.
- SIMON.
¡Natural!?!... ¡Esa proeza
tiene muy distinto nombre!
¡En todo encuentra este hombre
la mayor naturaleza!
- JUAN.
¡Don Simon!
- SIMON.
¡Me teneis frito!
- JUAN.
¡Ay!... no; ¡quién os viera así!
- SIMON.
(¡Oh!... si el Rey...)

- JUAN. En cuanto á mi,
y tocante al *necesito*,
por si os podeis consolar,
y á la vez por si os convenzo,
os diré, que en el comienzo
estoy del *necesitar*.
- SIMON. ¿Mas todavía?!
- JUAN. ¿Pues no!
- SIMON. (Me va á dar un arrechucho...)
Pero ¡aun hay mas?
- JUAN. Pero ¡mucho!
pues ¿quién pensais que soy yo?
- SIMON. ¿Eh?...
- JUAN. Vos, por lo que decís,
no habeis comprendido el caso...
¿pensásteis salir del paso
con cuatro maravedis?
¿Le venís con parvedades
á un caballero de peso?
- SIMON. Sois un pobre.
- JUAN. Pues por eso
tengo mas *necesidad*.
Por eso á las Indias fui:
Indias en Indias busqué;
mas como no las hallé,
debo encontrarlas aquí.
- SIMON. Pues ¡me gusta el raciocinio!
- JUAN. Y ¡vive Dios!...
(*Deja caer el puño sobre la mesilla que tiene al
lado y le rompe el tablero*)
- SIMON. ¡Ay!... me deja
¡sin muebles!
- JUAN. (*Dando un empellon á la mesa y derribándola
con todo lo que tiene encima.*)
¡Eh!... ¡estaba vieja!
- SIMON. Pero ¡hijo del esterminio!...
¡qué vivora os ha picado?
(*Enderizando la mesa y recogiendo los cachi-
vaches que sostenia.*)
¿Pensais que esto, caballero,
no cuesta y vale dinero?
- JUAN. Es que me habeis sofocado...
- SIMON. ¡Cómo qué!...

- JUAN. Y por esta vez
necesito...
- SIMON. Dios divino!
- JUAN. Una copita de vino....
- SIMON. Calle!... ¿vino....
- JUAN. Y de Jerez.
- SIMON. (Si yo tuviera un buen ácido...)
- JUAN. Con vizcochos,
- SIMON. Ya no hay de ellos.
- JUAN. Digo vizcochos de aquellos
de las monjas de San Plácido.
- SIMON. Digo que no puede ser;
se acabó la comision.
- JUAN. Porque siento, don Simon,
tal comezon de romper,
que voy á dejaros mochos
los cuadros y los espejos,
y todos cuantos trebejos...
- SIMON. (*Corriendo hácia el fondo gritando.*)
Lucia!.. vino y vizcochos!!...
¿No hay nada con que se aplaque
este feroz Lebiathan?
- JUAN. ¡Ay don Simon!
(*Sale Lucia con una bandeja inmensa llena de
dulces y vizcochos, botellas y copas que coloca
sobre la mesa, próxima á don Juan.*)
- LUCIA. Aquí están.
- SIMON. (*Sin mirar lo que saca hasta el verso que lo
indica.*)
Pónselos... ¡y que se atraque!
Pero, Lucia, ¡qué veo!
¡qué demonios has sacado?
- LUCIA. Señor, lo que habeis mandado.
- SIMON. Pero ¿hay en casa bateo?
- LUCIA. Como dijisteis... «Lucia!
vino y vizcochos!»
- SIMON. Ya!
- LUCIA. Pues!
saqué...
- SIMON. ¡Pero si eso es
casi una confiteria!
- JUAN. Eh!... no deis tanta importancia...
- SIMON. Quiero!

- JUAN. La chica se asusta...
SIMON. ¡Que estalle!
JUAN. Y á mí me gusta,
ya lo sabeis, la abundancia.
SIMON. ¡Por vida del Dios Neptuno!
JUAN. (*Dándole un vizcocho.*)
Tomad.
SIMON. (*Guardándolo en el bolsillo.*)
Gracias!... (*Salvaré
siquiera este.*)
JUAN. (*Dándole á Lucia un puñado.*)
Tú...
LUCIA. (*Escusándose y tomándolos.*)
No... ¡qué...
SIMON. (*Bajo á Lucia.*)
¡Como te comas ni uno!...
JUAN. Eh?
SIMON. Nada!...
(*A Lucia que se retira por donde salió.*)
Puedes marchar.
JUAN. Os noto cierta inquietud...
SIMON. ¡Notais...
JUAN. (*Apurando una copa.*)
A vuestra salud!
SIMON. (*Que se vuelva rejalgár.*)
JUAN. Buen viuo!
SIMON. (*Se cuida el mozo...*)
JUAN. Don Simon... Don Simoncito...
¡sabeis lo que *necesito*?
SIMON. (*En el colmo de la desesperacion.*)
¡Cielos!!... ¡este hombre es un pozo!
JUAN. Lo que *necesito* ahora
y me lo vais á otorgar...
SIMON. Pero ¡hay tal *necesitar*!...
JUAN. Es hablar con doña Aurora.
SIMON. Eso ¡nunca! y ¡voto á bríos
que os plantaré una querella...
JUAN. *Necesito* hablar con ella...
SIMON. Nada!
JUAN. Delante de vos.
SIMON. Ni detrás; oh!... ¡por quién soy...
JUAN. Mirad que lo *necesito*,
y esta razon...

- SIMON. ¡No la admito!
JUAN. Pues bien; os dejo y me voy.
SIMON. ¿De casa?
JUAN. Pues!
SIMON. No presumo
tanta dicha...
JUAN. Pues os dejo.
SIMON. Y ¡he de verme en ese espejo?
Idos con mil... ¡la del humo!
JUAN. Lo decís con ligereza...
¡olvidásteis la salmodia...
“De su asistencia y custodia
respondeis con la cabeza.”
SIMON. Ah!... ¡peligra mi existencia!...
JUAN. Pronto á buscarme vendrán;
y como no me hallarán...
sacad vos la consecuencia.
SIMON. ¡Suerte pérfida! ¡traidora!...
JUAN. Lo siento, será un revés...
SIMON. (Si no tardara el Marqués...)
JUAN. Conque... adios...
SIMON. (*Violentándose.*)
Aurora!... Aurora!
JUAN. (Era cosa averiguada.)

ESCENA X.

Dichos.—AURORA.

- AURORA. Ah!... ¡qué es...
SIMON. ¡Qué quieres que sea!
que...
JUAN. Vuestro padre desea...
SIMON. Eso!
JUAN. Veros festejada.
SIMON. No es eso!...
JUAN. Cómo?
SIMON. No!... digo...
(me tiene ya mareado.)
JUAN. ¿Si viérais lo que ha cambiado
de génio hablando conmigo?
AURORA. ¡Qué decís...

- JUAN. Digo que es corta...
sí! toda ponderacion...
¡es otro ya don Simon!...
- AURORA. Pero ¡es verdad?...
- SIMON. No te importa.
- JUAN. Es el padre mas dichoso
que en el mundo he tropezado...
- SIMON. (Hum!..)
- JUAN. Mirad si habrá cambiado...
le encuentro ¡hasta generoso!
- AURORA. (*Con alegría á su padre.*)
Si?...
- SIMON. (*Remedándola y con enojo.*)
Eh...? (¡Vaya la niña!)
- JUAN. No quiere, al ver lo que pasa
que de hoy mas haya en su casa
ni un disgusto ni una riña.
Como sois tan virtuosa,
tan bella, y os quiere tanto
que sois su dicha y su encanto,
anhela veros dichosa.
- AURORA. ¡Padre mio!
- SIMON. (¡A dónde irá?...)
- JUAN. Y es natural... y se infiere...
¿qué padre es el que no quiere
lo mejor... ps!... ¡claro está!
¿El á vos, á vos Aurora
por capricho violentaros...
¿él... ¡Jesus! ¡sacrificaros...?
¡no señora!.. no señora!
El desdeña el interés;
por tanto, si os incomoda
esa repugnante loda
del corcobado Marqués,
ha dicho...
- SIMON. Yo!?
- JUAN. «Que desde hoy
ella busque buenas trazas,
y que le dé calabazas.
- SIMON. Pero ¡cuándo...
- JUAN. Que me voy!
- AURORA. (*Con creciente vehemencia y alegría.*)
¡Padre del alma querido!

á decíroslo me atrevo...
¡dos veces con esta os debo...

JUAN. *(Bajo.)*
Bien! firme!

AURORA. Os debo la vida!

JUAN. Duro...!

AURORA. Hasta aquí resignada
vuestro paterno mandato
obedecí por recato;
pero el alma traspasada...

JUAN. Así!...

AURORA. De amargo pesar,
pronto se hubiera exhalado...
¡tal vez hubiera espirado
ante el ara del altar!

JUAN. ¡Bien dicho!

AURORA. *(Con alborozo.)*
¡Qué maravilla!

¡libre de pena tan dura!..
¡ya no me caso!... ¡oh ventura!!..

SIMON. Ay! ay! ay!.. ¡qué tarabilla!..

JUAN. *(Que ha pasado al lado de don Simon.)*

No pensais en que se ablande
vuestro corazon?

SIMON. Jamás!

Ella hará... ¿estamos? tú harás
lo que tu padre te mande.

JUAN. Es que asi no se concilia...

SIMON. Es que me desesperais!
qué!.. ¡tambien *necesitais*
arreglarme la familia?

JUAN. Si señor!... y en un momento
es cosa que vais á ver:

esta casa ha menester
de mas vida y movimiento.
Pues bien; habrá comensales,
¡nada de cosas á medias!
habrá danzas y comedias
y fuegos artificiales;
banquetes, ¡mucha alegría!...

Ya haré venir mis amigos...

*(Don Simon que ha estado gesticulando mien-
tras que habla don Juan, al llegar este aquí, se*

echa las manos á la cabeza y se tapa los oídos.)
para que sean testigos...
(Oyese á lo lejos gritaría de muchachos que se va acercando, pero de modo que no impida oír el diálogo.)

SIMON. Pero... ¿se oye gritaría?
(Cayendo desfallecido en un sillón.)
Ay!... este hombre...
(Sale Lucia corriendo por el fondo.)

ESCENA XI.

Dichos.—LUCIA.

LUCIA. Señor!
SIMON. Qué es?
LUCIA. Que nieva!...
SIMON. Y qué?
LUCIA. Que no llueve...
y que á bolazos de nieve meten en casa al Marqués.
SIMON. ¿El causa esa algaravía...
LUCIA. Si señor: sobre Delfin, con paraguas y espadín, á la chusma desafía...
SIMON. ¡Ah valiente!... ¡pobrecillo!
JUAN. Le habrán visto la corcoba...
LUCIA. ¡Le vienen dando una soba...!
¡le sigue tanto chiquillo...!
SIMON. Y ¿quien ahorque no habrá, esa muchedumbre fiera...?
LUCIA. *(Corriendo al fondo.)*
Ya le oigo por la escalera...
SIMON. Cerrad la puerta!
LUCIA. Aquí está!
(Aparece el Marqués en el fondo á caballo sobre uno de los hombros de Delfin, con el sombrero de este en la cabeza, el paraguas abierto y lleno de nieve en una mano y el espadín desnudo en la otra. Cesa la gritaría exterior.)

ESCENA XII.

Dichos.—EL MARQUÉS.—DELFIN.

MARQ. (*Desde el fondo como apostrofando á los de la calle.*)

¡Canalla vil! ¡insultar...

SIMON. ¡Qué ha sido...

MARQ. (*Desmontando.*)

Toma, Delfin,
mi rodela y mi espadín:
ponlos juntos á secar.

SIMON. Pero Marqués...

MARQ. Ah! señor...

SIMON. ¡Qué ha sido esto...

MARQ. Un hecho infando.

SIMON. ¡Cómo venis?

MARQ. Chorreando

enojo, nieve y sudor.

¡Ah, suegro! ¡qué lid! ¡qué lid!...

SIMON. ¿Visteis á Su Magestad?

MARQ. Le vi y le hablé.

SIMON. Sí?... éntad!

(*Como jurándoselas á don Juan.*)

(*Ahora veremos.*)

MARQ. Oid!

Me introduje en los salones,
y cuantos allí me vieron,
con placer me recibieron...
¡qué reir!... Vuestras lecciones
seguí de la letra al pié...

SIMON. Bien!

MARQ. Y al primer cortesano
que me vino mas á mano,
el sombrero le quité.

SIMON. (Malo!)

MARQ. El sombrero coji,
y aunque con notable enfado
gritaba el *desombrerado*,
yo, señor, me puse así.

(*Remedando con el sombrero de Delfin las actitudes de don Simon en la anterior escena.*)

Pero, nada; no bastó:
grita el del sombrero, y grita,
todos rien, me lo quita...
cuando en esto... el Rey salió.
Yo que en él puse los ojos,
sin andarme en deferencias
le encajo tres reverencias
y ante él me postro de hinojos.
Me vé... y con rostro severo
dice en voz algo alterada...
—“¡Qué traes?”—No traigo nada;
por no traer... ni sombrero.—
Mírame, en cuanto esto oyó,
con un gesto que me balda,
y la augustísima espalda
régicamente me volvió.
(*Movimiento de asombro en don Simon; de risa
y burla en los demas.*)
Como el Rey no me dió pié,
ni dijo vaya ni venga...
Suegro!... con toda la arenga
en el cuerpo me quedé.
Salgo de allí...

SIMON.

¡Dios maldiga!...

¡Es decir que os habeis vuelto...

MARQ.

Pues! como fui, tan esbelto...

JUAN.

¡Eso ha sido alguna intriga!

SIMON.

Eh!...

MARQ.

Puede ser!.. bien contados
en la calle, á no dudar,
me aguardaba un centenar
de pillos desarrapados.
Sin que yo el por dónde sepa...
brotan de repente, y gritan
al verme, y se desgañitan...
“¡A ese!... ¡á ese! ¡al de la chepa!”
Aprieto el paso, ellos mas:
nieva, y con bolas de nieve
la canalla se me atreve
y me rechifla á compás.
Entonces de mi espadin
me acuerdo, y cada reves
que largo... tres cargas, tres!

he dado sobre Delfin.

(Se tira sobre un sillón.)

(Sale Bernardo con el sombrero del Marqués y un pliego.)

JUAN. Bien!

SIMON. ¡Van á estallar mis siéncs...

BERNAR. Señor...

SIMON. Si! van á estallar...

BERNAR. *(Tirándole de la casaca y presentándole el sombrero.)*

No le he podido alcanzar.

SIMON. Perro!... ¡y ahora te vienes...

(Tirándole el sombrero á la cabeza.)

Huye de mi vista luego!...

BERNAR. De esquinazo en esquinazo corrí...

SIMON. ¡Valiente pelmazo!

¿Qué pliego es ese?

BERNAR. ¿Este pliego?

de palacio lo han traído...

SIMON. *(Arrebatándoselo.)*

Y así te estás? ¡Vive Dios!

Para el Marqués...

(Dándoselo.)

Para vos.

MARQ. *(Sin tomarlo.)*

Mirad si soy conocido!

SIMON. Aquí vuestro nombre leo...

AURORA. *(Bajo á don Juan quien se encoge de hombros.)*

Ay!... ¡qué será...

SIMON. Tomad.

MARQ. No:

miradlo vos, porque yo ni oigo, ni entiendo, ni veo.

SIMON. «Es la Real voluntad
»que salgais, por no avisado,
»de sus reinos desterrado
»á la mayor brevedad.»

Ay!...

MARQ. Ay!...

SIMON. Mis ojos se cierran...

LUCIA. ¡Pues es un grano de anís!

- JUAN. (*Apoyándose en el respaldo del sillón en que está sentado el Marqués.*)
¡La mano de don Luis!
- SIMON. ¡Os destierran!
- MARQ. ¡Me destierran!
¡Desterrado al negro Ponto!
- SIMON. (*Mirando el papel.*)
Nada!... no me equivoqué.
- MARQ. ¡Me destierran! y ¿por qué me desterrarán?
- JUAN. Por tonto.
- MARQ. Eh?
- JUAN. Salió mal la embajada.
- SIMON. (*Dándose una palmada en la frente como asáltado por una idea repentina, saca un papel que pone en las manos del Marqués.*)
Ah!... ¡mi recibo!... tomad...
- MARQ. Qué es esto...
- SIMON. (*Buscando una pluma.*)
Firmad!... firmad...
- MARQ. (*Rasgando el papel y tirando los pedazos.*)
Si yo no estoy para nada...
- SIMON. ¡No lo rasgueis, por Dios vivo!...
¡Ya lo rasgó!
- MARQ. Lo rasgué!
- SIMON. (*Cayendo en el otro sillón.*)
¡Ya sin resguardo quedé!
- MARQ. Desterrado!
- SIMON. ¡Sin recibo!
- JUAN. (*Ocupando el centro con doña Aurora.*)
Doña Aurora, no lloreis
vuestro porvenir oscuro;
que si hoy perdeis un futuro,
no es mucho lo que perdeis.
Dejadle que parta, si;
todo compensado está...
pues si hoy el Marqués se va,
en cambio yo quedo aquí!
- SIMON. (*Levantándose de pronto.*)
Cómo!
- MARQ. (*Idem.*)
- SIMON. Digo!
En conclusion!

voÿ un partido á tomar...
y fuerte!... ¡que ha de sonar!
Mi sombrero! mi baston!
(*Se los dá Lucia y dice á esta y á doña Aurora.*)

Vosotras!... á ver si entráis
en vuestra estancia...
(*Entran y cierra la puerta con llave, que se guarda.*)

Cerrada!

(*A Bernardo que se retira por el fondo.*)

Tú; largo!.. que ahí no haces nada.

(*A don Juan.*)

Vos haced lo que queráis;
que yo con mi actividad...
(*Volviendo á tenderse en el sillón.*)

MARQ.

Y yo con la mia...

SIMON.

Haré

que pronto... ¡Yo mismo iré
á ver á Su Magestad!

(*Se encasqueta el sombrero y sale apresuradamente por el fondo. Pausa durante la cual don Juan desde un extremo del teatro contempla al Marqués con los brazos cruzados y afectada rigidez. Este que lo observa, toma las actitudes convenientes para emprender la fuga.*)

MARQ.

Cómo mira ese señor...
y estamos solos... No espero
á que me...

JUAN.

(*Partiendo resueltamente hácia él.*)

¡En fin, caballero!...

(*Apretando á correr y entrando en la habitación de la izquierda cuya puerta cierra.*)

¡Mi espadín! favor! favor!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN.—LUCIA.

- JUAN. ¿Hay ánimo, Lucigüela?
LUCIA. Yo no sé cuánto ni cómo...
 mas ya sabeis que Lucia
 no se amilana por poco.
- JUAN. Asi me gusta la gente,
 muchacha, á Roma por todo!
 ó triunfamos esta noche,
 ó nos llevan los demonios.
- LUCIA. ¿Lo tienes todo dispuesto?
 *(Señalando á las arañas que hay fijas en las
 paredes.)*
 Si señor; mirad qué acopio
 tenemos de luminarias.
- JUAN. ¿Qué brincos y qué corcobos
 dará el viejo cuando vea
 derretirse su tesoro
 de cera!
- LUCIA. Esta noche estalla,
 ó de fé, le da un soponcio.
- JUAN. ¿Con que ha vuelto tan alegre?
LUCIA. Hui!... en extremo gozoso!
 ¿Habrá visto al Rey?
- JUAN. Quién sabe...
 pero yo le ataré corto;

pues por mucho que él se mueva,
yo no duermo, y por de pronto
no he de quedar sin venganza
de su carácter roñoso.

¿Qué hace, y adonde está?

LUCIA. *(Señalando á la primera puerta de la izquierda, que estará cerrada.)*

Encerrado con el novio
desde las cinco que ha vuelto.

JUAN. Bien; ¡celebran consistorio...
ya pueden haber charlado
en tres horas...

LUCIA. Son las ocho.

JUAN. Y no hay tiempo que perder
pues se acerca el trueno gordo...
Eucárgale á tu señora
que con pecho valeroso
haga frente á los sucesos
de esta noche: que en su adorno
se esmere, y que tenga en cuenta
que á estas horas ya no hay modo
de volver atrás el pié.

LUCIA. Mientras que tan animoso
ella os vea, no hay cuidado.

JUAN. Entonces felices somos;
porque yo entre los peligros
y el estruendo y alboroto,
estoy tan en mi elemento
que me espacio y alborozo
como el pez dentro del agua,
como entre el rebaño el lobo.
Dile todo cuanto quieras...

LUCIA. *(Señalando á la primera puerta de la izquierda.)*
Ay! me parece que oigo
rumor hácia allí...

JUAN. Volemos!
cada cual á su negocio.

*(Lucia entra en la habitacion de la derecha.
Don Juan se retira por la izquierda del fondo.
Abrese despues la primera puerta de la izquierda
y sale don Simon frotándose las manos con
muestras de alegría.)*

ESCENA II.

DON SIMON.—*Despues* EL MARQUÉS.

- SIMON. Me va á parecer mentira
al verle codo con codo...
(*Volviéndose al ver que el Marqués no le sigue.*)
Podéis salir sin cuidado.
- MARQ. (*Asomando la cabeza con mucha precaucion,
registra la escena con la mano puesta en la em-
puñadura del espadin.*)
¿No está ese perro rabioso?
- SIMON. No, Marqués; y aunque estuviera
¿qué os importa?
- MARQ. Ese ya es otro
cantar... ¡Si le hubiérais visto
qué feroz y estrepitoso
cuando os fuisteis á palacio
y aquí me dejásteis solo!...
- SIMON. Hola! pues no me habeis dicho...
- MARQ. Ha sido un lance horroroso!
- SIMON. ¡Eh!?...
- MARQ. Sin mi presencia de ánimo,
hubieran corrido arroyos
de sangre...
¡Animas benditas!
- SIMON. Allí!... con semblante torvo
y con los brazos cruzados,
se puso á echarme unos ojos,
que traslado parecian
de las hogueras del orco.
Yo su intencion conocí:
me preparé... mas de pronto
parte, y sobre mí se viene
con alarido espantoso!
¡Qué lance, señor!
- SIMON. Y vos
¿qué hicisteis?
- MARQ. Yo?... Como un corzo
apreté bien de talones,
y me encerré.

- SIMON. ¡Rasgo heroico!
- MARQ. ¡Me hallaba sin espadín!
- SIMON. La prudencia antes que todo...
- MARQ. Y si no con ese hombre
andaos con pies de plomo.
- SIMON. ¡Qué es andar!... ya os he probado
lo bien que con ellos corro,
y vereis de mi carrera
los resultados que toco.
- MARQ. Pero... ¿no se escapará?
- SIMON. Aunque se vuelva un gorgojo
ha de caer en la trampa.
¡Si hubiérais visto el asombro
con que oyó Su Magestad
mi relato... Casi rojo
el semblante, dijo en este
mismo, mismísimo tono.
—«Vuelve á tu casa tranquilo,
de mi justicia respondo.»—
- MARQ. (*Frotándose las manos.*)
¡Ay! ¡qué bien!...
- SIMON. (*Idem.*)
¿Pues no os lo dije?...
- MARQ. He de tener el sabroso
placer de decirle cuatro
claridades y de á fólio...
cuando esté bien amarrado.
- SIMON. Pues y yo, que estoy que broto
relámpagos y serpientes
contra ese infernal galopo?
- MARQ. (*Volviendo á frotarse las manos.*)
¡Ay! qué bien!
- SIMON. (*Id.*)
Vereis, vereis...
Por supuesto que nosotros
no debemos revelar
ni en la accion, ni en nuestro rostro
señal que le dé á entender
lo que...
- MARQ. Bah!... ¡ni por asomo!
- SIMON. Hagámonos los chiquitos
mientras llegamos al logro
de todos nuestros deseos,

y capeémos al toro
con cierto...

MARQ.

Pues! así...

SIMON.

Justo!

MARQ.

(*Volviendo al frote.*)

¡Ay, qué bien!

SIMON.

(*Id.*)

¡Maravilloso!

Id á ver á doña Aurora,
hacedle la corte un poco,
y habladle de vuestro enlace...

MARQ.

¡Si vos me otorgais...

SIMON.

¡Otorgo!

Decidle que fije el día...

MARQ.

Ya vereis cómo me porto.

(*Va á entrar en la habitacion de la derecha, y se presenta Lucía en la puerta impidiéndole la entrada.*)

ESCENA III.

Dichos.— LUCÍA.

LUCIA.

(*Desde la puerta.*)

No podeis entrar.

MARQ.

¿Qué dices?

LUCIA.

La señora está indispuesta.

SIMON.

¡Doña Aurora!

LUCIA.

Sí señor.

MARQ.

Mucho?

SIMON.

¿Qué tiene?

LUCIA.

Jaqueca.

SIMON.

No será nada, entraré...

LUCIA.

No, tampoco vos...

SIMON.

Aprieta!

¿Tampoco yo puedo entrar?

LUCIA.

Será inútil diligencia:
está encerrada y le ha echado
á la llave las dos vueltas.

SIMON.

Pues yo haré que las deseché...
vaya!... encerrada y enferma
para que se agrave y luego

ninguno asistirle pueda...

Vamos á ver...

LUCIA.

Cuando os digo...

SIMON.

¡Déjame en paz, majadera!

(Entran los dos disputando.)

ESCENA IV.

EL MARQUÉS.

Me parece esa muchacha
algo enfermiza y enteca...

Como los aires nupciales

no le arreglen la cabeza,

de la noche á la mañana

no hay mas, me la llevo á América.

(Sale precipitadamente por el fondo don Juan, seguido de muchos criados que traen mechas encendidas en las puntas de unas cañas.)

ESCENA V.

DON JUAN.—EL MARQUÉS.—CRIADOS.

JUAN.

Pronto! ¡á mí los galopines!

MARQ.

(Pegándose á la pared.)

¡Qué irrupcion!... ¡ay, qué tormenta!

JUAN.

(Distribuyendo los criados que se ponen á encender con la rapidex posible las bugias de las arañas y arandelas de las paredes.)

¡Vamos, muchachos! ¡Tú aquí!—

¡Tú, allí!—¡Tú, esas!—¡Tú, aquellas!

(Yendo de los unos á los otros.)

Con pulso! y aprovechad

el tiempo, que hay mucha urgencia.

(Reparando en el Marqués.)

¡Hola! ¿vos? ¿qué haceis aquí?

MARQ.

Nada!... estoy echando cuentas...

JUAN.

¡Pues para cuentas estamos!

(Llevándosele violentamente debajo de una araña.)

- cuando todos... ¡Una mecha!
(*Un criado que tendrá dos le da una.*)
- MARQ. ¡Quedo!...
- JUAN. (*Poniéndole en las manos la mecha y señalándole una araña.*)
Encended!... encended!
- MARQ. Yo?... ¡Cómo...
- JUAN. ¡Con ligereza...
ó vive Dios! Cuando todos
(*El Marqués se pone á encender la araña.*)
nos hallamos de faena,
¿quereis estar de miron
y en brazos de la pereza?
¡Aqui todos trabajamos!
Pero ¿qué faena es esta?
- MARQ. Pero ¿qué faena es esta?
- JUAN. No os importa; ¡encended pronto!...
(*Dirigiéndose á los criados.*)
Los que acaben, con presteza
hácia los otros salones
que las bugias esperan...!
(*Los criados se van retirando tan luego como han encendido las velas que tenian asignadas.*)
- MARQ. ¡Convertido en sacristan
todo un Marqués!... ¡qué vergüenza!
- JUAN. (*Diciéndole al oido..*)
Como dejeis una sola
sin encender, de esta hecha
las pagareis todas juntas.
(*Vuélvese á dar prisa á los criados.*)
- MARQ. Pícaro!... si no tuviera
las dos manos ocupadas,
con mi espadin...
- JUAN. (*A los criados.*)
¡Mas depriesa!
¡Vamos, que ya falta poco!
¡Así va bien...
- MARQ. Esta perra
parece que se ha empeñado
en que ese pirata...
- JUAN. Afuera!
Vayan fuera los que hayan
terminado la tarea.
(*Los criados se van retirando unos despues de*

otros, y por último don Juan. Queda el Marqués solo acabando de encender la araña.)

MARQ. ¡Gracias á Dios, maldecida!
qué de sudores me cuestras!
Pues no me doy malas trazas
para ser la vez primera...
Esta ya está... y esta otra...
Animo!... que pocas quedan...
(Sale don Simon bufando.)

ESCENA VI.

DON SIMON.—EL MARQUÉS.

SIMON. ¡Qué demonio de muchacha!
¡Uf!... no quiere abrir la puerta!...
Calle!... ¡qué iluminacion
tan escandalosa es esta!
Eh!... Marqués!... pero ¡Marqués!
¡qué haceis?

MARQ. (Sin interrumpir su trabajo.)
Encendiendo velas.

SIMON. Pero ¿os habeis vuelto loco?
¡quién ha traído esta cera,
y para qué la ha traído?...
MARQ. ¿Qué sé yo?... dicen que hay fiesta.
SIMON. ¡Qué fiesta, ni qué demonio!
pues está la Magdalena...

MARQ. Pero, Marqués, ¡no encendais!...
MARQ. No señor!... ni una siquiera
me ha de quedar... ¡No sabeis...
¡el enemigo anda cerca!

SIMON. Qué! ¿son cosas de ese tigre?
MARQ. ¡Pues de quién quereis que sean?
Hagámonos los chiquitos.

SIMON. ¡No tanto que se nos venga
encima toda la casa!
¡Picardía como ella!
¡No encendais mas! ¡Por la Virgen!
que me arruinais...

(Se dirige á uno de los costados, se sube sobre una silla y apaga á soplos unas cuantas velas. Sale Bernardo.) Pues apenas está caro el alumbrado!

ESCENA VII.

Dichos.—BERNARDO.

BERNAR. (*Tirándole de la casaca.*)

Señor! ahí están...

SIMON. (*Soplando las luces.*)

Eh?... deja!...

BERNAR. (*Dándole otro tiron.*)

Señor! ahí están los músicos...

SIMON. (*Desde lo alto de la silla.*)

¿Qué músicos...

BERNAR. Ahí afuera...

SIMON. (*Bajándose de la silla.*)

Pero ¿qué músicos, digo?

BERNAR. Bien habrá sobre unos treinta...

SIMON. Y aunque haya sesenta mil

¿á qué viene aquí esa orquesta?

(*Mientras don Simon disputa con Bernardo, el Marqués que ha concluido de encender la araña, dá una carrerita y continua encendiendo las velas apagadas por don Simon.*)

MARQ. ¡Vaya si es entretenido...

BERNAR. A tocar...

SIMON. ¡Pues va de veras...

¡ese infame se ha propuesto

que le vista y le divierta...

BERNAR. Dicen, que ¿á donde se ponen...

SIMON. ¡Enmedio de la plazuela!

¡en la punta del diamante!

¡en el Rastro!... adonde quieran;

pero que al punto se vayan,

¡que se vayan y no vuelvan!

(*Se retira y vuelve á salir Bernardo.*)

cabal!... ¡ese hombre dispone

como suya de mi hacienda!

¡Cuántos, cuántos á la horca

habrán ido, sin que tengan...

(*Dirigiéndose al costado opuesto al en que se halla el Marqués, y dando saltos y soplando las velas, sin apagarlas. Vuelve á salir Bernardo.*)

Pero apaguemos... ¡malditas!...

BERNAR. Señor!

SIMON. ¡Otra pejiquera?

BERNAR. Ahi están los botilleros...

SIMON. *(Salto y soplo.)*

Aquí ninguno refresca.

BERNAR. Reposteros, maestresalas
que van á servir la cena...

SIMON. Cena?...

(Salto y soplo.)

¡Todos ayunamos!

la cena es mala, indigesta...

BERNAR. Y el polvorista tambien
ha traído muchas ruedas...

SIMON. Polvorista!... ¡Dios me asista!...

¡Ay que la casa me quemán!
de seguro!... Toma un palo...
saca fuerzas de flaqueza,
y échame á todos de casa,
pero ¡pronto!... Y como vuelvas
á traerme mas recados,
te voy á romper las piernas.

(Váse Bernardo.)

Botilleros!... polvorista!...
pero ¡hay justicia en la tierra
que tanto desman tolere?

MARQ. *(Recreándose con la iluminación.)*

¡Sabeis que esto no presenta
mal punto de vista?

SIMON. ¡Hombre!..

¡ahora salís con esas?
¡qué ha de presentar!... ¡Sabeis
á lo que cuesta la cera?

MARQ. Apagada no; mas sé
lo que cuesta el encenderla.

SIMON. Y es verdad!... ¡lo que yo apago...
¡me está llevando pateta!
vos lo tornáis á encender?

MARQ. Chut!... todo esto es estrategia...
me estoy haciendo el chiquito.

SIMON. Pero entre tanto arden...

(Sale don Juan precipitadamente por el fondo.)

ESCENA VIII.

DON JUAN.—DON SIMON.—EL MARQUÉS.

JUAN. (Saliendo.)

Ea!

LOS DOS. (Retrocediendo espantados.)
Ay!

JUAN. Ya todo está corriente:
salones, música, mesas;
y en las mesas colocada
vuestra vagilla chinesca.

SIMON. Ay!!

JUAN. ¡Qué funcion!... ¡qué funcion!
Casi por una friolera
vais á tener el placer
de obsequiar á mas de media
España...

SIMON. ¡Yo desfallezco!...

JUAN. Inundan las escaleras
millares de convidados
que á saludaros se acercan...

SIMON. (¡Asesino!...) Y ¡á qué fin...
con qué motivo...

JUAN. ¡Está buena!
¡qué pregunta!...

SIMON. ¡Si señor!
pregunta que está muy puesta
en su lugar... pues! ¡qué objeto...

JUAN. Varios! pero el de mas fuerza
es el que yo *necesito*
divertirme...

SIMON. ¡Oh desvergüenza!
¡Y en la noche en que se halla
mi hija casi cadavérica!...

JUAN. ¡Cómo es eso!... ¡Doña Aurora?

SIMON. ¡Poco menos que á las puertas
se encuentra ya del sepulcro!...

JUAN. ¡Qué decís! .. ¡desdicha horrenda!
¡Haber tenido valor,
en noche tan placentera,

para enfermar de repente!...
La salvaré!... ¡voy á verla!
(Entra resueltamente en la habitacion de la derecha.)

MARQ. *(Alargando la cabeza por detrás de don Simon con la mano puesta en el espadín.)*

Hola!... amiguito... ¿No veis?...
¡Que se cuela!... ¡que se cuela!...

SIMON. Está encerrada con llave...

MARQ. Ya!... pero si la deshecha.

(Salen damas y caballeros por el fondo en bastante número.)

ESCENA IX.

DON SIMON.—EL MARQUÉS.—DAMAS Y CABALLEROS.

SIMON. Huy!... qué borboton de gente...

¡Estos si que se nos cuelan!

(Las damas y caballeros van pasando procesionalmente por delante de don Simon y saludándole. Este sin saber lo que le pasa, contesta á sus saludos maquinalmente.)

DAMA. Muy buenas noches.

SIMON. Fatales!...

OTRA. Mil veces enhorabuena.

SIMON. ¡Eh? gracias.

OTRA. Lo mismo digo.

SIMON. Y yo...

OTRA. Gozadlas completas...

SIMON. Sí... (Rabio!!)

(Al Marqués.)

Pero ¿por qué
me dan tanta enhorabuena?...

(Las damas toman asiento al rededor del escenario: los caballeros forman un grupo en el centro. Sale doña Aurora lujosamente vestida de la habitacion de la derecha conducida por don Juan.)

ESCENA X.

Dichos.—AURORA.—DON JUAN.

SIMON. Ay!... ay!... qué miro!... no es esa
doña Aurora?

MARQ. Y ¡qué tocado!...

AURORA. Perdonadme si os he dado
esta agradable sorpresa...

SIMON. Agradable!

AURORA. La inquietud
que por mi salud teneis
se calmará... Ya lo veis...
gozo de buena salud.

SIMON. Sí, hija mia... ya te veo...
(mas ¡qué lujo!... ¡cuánto broche!...)

AURORA. Siquiera por esta noche
veros alegre deseo.

SIMON. (*Con risa forzada.*)
Jeee!...

AURORA. Bien!... que sean testigos
del placer que disfrutamos...
Felizmente nos hallamos
entre muy buenos amigos...

SIMON. (*Idem.*)
Jooo!

AURORA. Corra el tiempo presente
entre plácidas sonrisas.
(*Se dirige á donde están las damas á quienes
saluda y habla.*)

SIMON. (Yo te lo diré de misas
cuando se vaya esta gente.)

MARQ. ¿La habeis reparado vos?
¡qué guapa está... ¡por mi abuela...

SIMON. ¡Qué ha de estar... qué!... si esa tela
costará... ¡sábelo Dios!

JUAN. (*Separándose del grupo de caballeros y acer-
cándose á don Simon.*)

Don Simon? Todo arreglado
está ya: la hora es esta:

¿puede principiar la fiesta?

SIMON. (*Dando pataditas en el suelo.*)

- Pues qué!... digo, ¿aun no ha empezado?
- JUAN. Vereis qué pronto.—Señores?
mirad que el tiempo se pasa:
quiere el dueño de la casa
que os haga yo los honores.
Vedle!... estrecharos desca
la mano...
*(Los caballeros se acercan, le rodean, le dan la
mano y le abruman á cortesías, mientras sigue
diciendo don Juan.)*
¡Es el mas dichoso...
el hombre mas generoso
que en la corte se pasea!
No reparéis en pelillos,
es todo un hombre gentil...
- SIMON. *(Afectando amabilidad y procurando alejar á
los que le rodean.)*
Ah!... señores... gracias mil...
Amigos... oh!... ¡Todos pillos!
- JUAN. Este es el Marqués... ¿qué tal?
como no le conocéis,
bueno será que le deis
el abrazo fraternal.
*(Se agrupan los caballeros en torno del Mar-
qués y le abrazan, le estrujan y despe-
liznan.)*
- UNOS. ¡Oh, Marqués!
- MARQ. ¿A mí tambien?
- OTROS. ¡Oh, amigo!...
- JUAN. Dadle una muestra
de lo vehemente que es vuestra
amistad... ¡Apretad bien!
- MARQ. ¡Que me ahogan!... ¡Ay de mí!...
- JUAN. *(A don Simon.)*
Ya lo veis... no son muy ricos;
pero alegres... ¡buenos chicos!
- MARQ. *(Que ha logrado zafarse de los amigos de don
Juan, se guarece en la habitacion de la dere-
cha. cuya puerta cierra.)*
¡Salvémonos por aquí!
(Oyese la música en el interior.)
- JUAN. Oís?... la música llena
estas plácidas regiones...

(A los caballeros que principian á retirarse por el fondo.)

Id, que aguardan los salones
y aguarda tambien la cena.

En uno y otro salon
encantos mil hallareis,
gozadlos!... si es que quereis
complacer á don Simon.

SIMON. (¡Estallo!... ¡estallo, de fé!...
¡qué casa, Dios infinito!...)

JUAN. (Trayendo una dama de la mano cerca de don
Simon.)

¿Don Simon?

SIMON. Eh?...

JUAN. (Presentándole la dama.)

Necesito...

que baileis un minué.

SIMON. Jesus!... hombre!... yo?...

JUAN. Supongo

que no le hareis un desaire

á la condesa del Aire...

SIMON. ¡Qué baile, ni que zorongo!

¡A mi edad... ¡no me sofoquen!...

JUAN. No hay remedio; á vuestra edad...

lo pide la sociedad...

SIMON. Mas... sí...

JUAN. (Colocándolo.)

En baile... así! que toquen!

(Tocan y baila don Simon un minué. Al principiar el baile, se retira don Juan por el fondo. Salen criados con bandejas de dulce, que van circulando por entre las señoras. De vez en cuando risas, algazara y ruido de platos, choque de copas y cánticos dentro. Don Simon mientras baila dice:

SIMON. (¡Que Dios me tenga estos ratos
en cuenta... Cómo se atraean!...

Ay!... los cielos no se aplacau...

Me van á romper los platos!...)

MARQ. (Sacando la cabeza por el ventanillo que hay
encima de la habitacion de la derecha.)

Ay mi suegro?...

SIMON. (Cien reniegos

- MARQ. no bastan para espresar...
(*Viendo á don Simon hacer una pirueta.*)
Anda!
(*Oyese el estallido de varios cohetes al concluirse el minué.*)
- SIMON. Jesus, qué tronar!
- JUAN. (*Presentándose en la puerta del fondo.*)
Han principiado los fuegos!
(*Las damas se levantan y salen diciendo.*)
- DAMAS. Vamos! sí! qué bien está!

ESCENA XI.

DON JUAN.—DON SIMON.—EL MARQUÉS.—*En el ventanillo.*

- SIMON. (*Despues de mirar á don Juan un momento.*)
Os divertis?
- JUAN. ¡Mucho!... ¿y vos?
- SIMON. Yo? le estoy pidiendo á Dios...
- JUAN. Pues si entrárais por allá!...
(*Se oye lejano el coro de una cancion báquica, acompañada con el choque de las copas.*)
- SIMON. ¡Está la gente alegrilla...
- JUAN. Como en noche de funcion.
- SIMON. Guapo!
- VOCES. (*Dentro.*) ¡Viva don Simon!!
(*Estrepitoso ruido de platos y cristales rotos.*)
- SIMON. Hiiiif!!
- JUAN. No es cosa... la vajilla.
- SIMON. ¡Bien de la ceca á la Meca
me lleva vuestra persona!
¡Ay, si el diablo os abandona
señor don Juan de Fonseca!!
- JUAN. En las noches de festin,
eso acostumbra á pasar...
- MARQ. ¡Ay si llego yo á sacar
mi ponderoso espadin!
- JUAN. ¿Vos ahí? ¡con qué trabajo
os hallareis... oh!.. bajad,
que os aguarda la amistad...
- MARQ. No bajo; porque si bajo,

vuestra burlona malicia
castigaré...

JUAN. Vos?
MARQ. Yo, y todo!
JUAN. A ver?... probad de qué modo...
(Sale Aurora muy agitada.)

ESCENA XII.

Dichos.—AURORA.

AURORA. Ah! señores, ¡la justicia!
SIMON. ¿La justicia?... Hola!
AURORA. Si, sí!
JUAN. (Y esc don Luis que no viene...)
SIMON. Todo su término tiene...
ahora me toca á mí.
MARQ. (Quitándose del ventanillo y volviendo al esce-
nario.)
Y á mí!
AURORA. ¿Qué intentais, señor!
vuestra bondad me permita
suplicarle...
SIMON. Quita, quita!
¿yo perdonarle?... ¡qué horror!
JUAN. No os canseis en suplicar,
ni vuestros claros luceros
anubleis; los usureros
no saben qué es perdonar.
SIMON. ¡Y os atreveis todavía
á insultar...
JUAN. Lo necesito...
SIMON. (Viendo á los soldados que ocupan el foro.)
Caísteis en el garlito...
¡no hay remedio!
MARQ. (Saliendo.)
¡No hay tu tia!
Me habeis con tanto vaivén
dejado el alma reseca...

ESCENA XIII.

Dichos.—EL ALCALDE.—*Soldados en el foro.*

ALCALD. ¿Quién es don Juan de Fonseca?

SIMON. ¡Aquel es!... atadle bien!
(*Se presenta don Luis embozado.*)

ESCENA XIV.

Dichos.—DON LUIS.

LUIS. (Llego á tiempo.)

SIMON. (*Viendo á don Luis.*)
Voto á San!...

atadle codo con codo...
(*Empujando á don Luis hasta el proscenio.*)

Y tambien del propio modo

atadme á este perillan.

Ambos son mi perdicion...

Atadlos!... ¡no os detengais!

ALCALD. Puesto que lo reclamais,
al punto, daos á prision.

SIMON. (¡Encima cayó la teja!)

LUIS. Y ¡en nombre de quién?

ALCALD. ¡Del Rey!

LUIS. ¿Qué fecha tiene esa ley?

ALCALD. De há tres horas.

LUIS. Pues ya es vieja.

JUAN. (El corazon no me engaña...)

ALCALD. (*Asombrado.*)

¡Quién osa decir injurias...

(*Don Luis se baja el embozo y el Alcalde retrocede con mayor asombro que antes.*)

¡Don Luis!... ¡Principe de Asturias!!..

LUIS. (*Desembozándose.*)

No, don Luis el Rey de España.

TODOS. (*Con profunda sorpresa.*)

- ¡Señor!...
- LUIS. El Rey de abdicar
acaba su cetro en mí,
y vengo, pues tengo aquí
una deuda que pagar.
(Al Alcalde.)
Id y salid al encuentro
de los que intenten pasar;
à nadie dejeis entrar
en tanto que yo esté dentro.
(El Alcalde se retira de espaldas haciendo una profunda reverencia y cerrando la puerta.)
- SIMON. ¡Ay de tí, pobre Simon!
¡tú que con tu propia mano
le has dado á tu soberano
un soberano empujon!
- LUIS. *(A don Juan.)*
Ya sé que os debo la vida,
don Juan, y á tiempo os hallais:
pedidle cuanto querais
à esta mano agradecida.
- JUAN. *(Tomando á doña Aurora de la mano y postrándose á los piés de don Luis. El Marqués y don Simon tambien se arrodillan.)*
Ah! príncipe augusto y claro...
solo os pido á doña Aurora...
- LUIS. Por mí, vuestra; desde ahora
sois duque del Real Amparo.
- JUAN. ¡Ah señor...
- LUIS. Pude morir
y me salvásteis la vida...
(Levantándolos.)
Con que es justicia debida
que yo os dé para vivir.
Y adios quedad, que me alejo
huyendo de los curiosos.
Sed felices y dichosos...
- MARQ. *(Compungido.)*
¿Y mi destierro no es viejo?
- LUIS. ¿No me tendreis por cruel?
- MARQ. ¡Yo, señor, tan atrevido!
- LUIS. Teneis espejo?
- MARQ. Y cumplido.

- LUIS. Pues miráos despacio en él.
Idos ó estáos si quereis ;
á vuestra eleccion lo dejo...
pero escuchad un consejo :
Marqués?
- MARQ. Señor?
- LUIS. No os caseis.
Meditadlo muy despacio ,
y tened piedad de vos.—
Os dejo.
- TODOS. Señor!
- LUIS. Adios.
(A don Juan.)
Vedme mañana en palacio.
(Se emboza y desaparece por el fondo.)
- SIMON. Nada me ha dicho, y me alegro!
- JUAN. ¡Aurora del alma mia!
¿no veis qué fortuna mia...
(A don Simon.)
¿Con que vais á ser mi suegro?
- SIMON. Traviesuelo!... ¡yerno pilló!...
¡he tragado mas saliva!...
y con todo, ya me iba
aficionando un poquillo...
- JUAN. ¿Con que me aceptais...
- SIMON. Pues no?
- JUAN. ¡Sereis mi suegro...
- SIMON. ¡Y resuegro!
- MARQ. (Entrando en una de las habitaciones de la izquierda.)
Esto se pone muy negro
para un blanco como yo.
- SIMON. ¡Vaya el Marqués aleluya...
(Alzando la voz.)
¡Pronto, espero que os ireis?
- JUAN. Eh!... callad; no le insulteis,
harta desgracia es la suya.
El seria un serafin
si le hubieran consultado...
(Aparecen las damas y caballeros.)
Amigos!... nada ha pasado:
que siga, ¡siga el festin!
Destrozad! nada os importe,

que yo por un raro azar
¡he venido á tropezar
con *las Indias en la Corte!!*
(*Oyese la música de los salones : todos se ponen
en movimiento y cae el telon.*)

FIN DE LA COMEDIA.



